

ESTUDIOS DE VIAGES.



SAN SEBASTIAN Y BIARRITZ.

II.

BAYONA, AGOSTO DE 1850.

Dije á vd. en mi carta anterior, que las dos cosas notables de Biarritz, son el Faro y la Cueva de Amor; hoy puedo añadir que lo mas notable de todo es la bajada de los vascongados, que como una nube, se precipitan de lo alto de las montañas á la llanura. Es imposible formar idea, no viéndola, de esta escena pintoresca. Figúrese vd. una inmensidad de personas de ambos sexos, vestidas casi uniformemente con limpieza y esmero al uso del pais, descendiendo á un tiempo por entre las cortaduras de las rocas, y calcule qué variedad de grupos y qué infinidad de combinaciones no ofrecerán á la vista del observador. Esto se verifica un domingo hácia fines de agosto, y la poblacion de Bayona se traslada en masa

á Biarritz para presenciarlo. Por el camino de la montaña, como los senderos son estrechos, los viajeros andan despacio aunque sin pararse nunca; pero en bajando á la llanura se ponen á bailar, pues ya sabe vd. que los vascongados bailan siempre, y bailan por todo y en todas partes, desde niños en los brazos de la nodriza, hasta que se mueren. En todos los ángulos de Biarritz resuena el ruido de los instrumentos, los cantares y la gritería, produciendo un ruido espantoso. El objeto de la expedicion es bañarse en el mar, en un sitio señalado hace ya muchos años para este objeto, y por

25 de Agosto de 1850.

TOMO VIII. 22

cierto que es donde la mar se presenta mas brava; pero entran todos asidos de las manos y unos á otros se preservan del peligro. Despues del baño se repiten los bailes, la bulla y la algazara; al anochecer regresan á Bayona los curiosos, y ellos emprenden cantando el camino de sus montañas.

Supongo que querrá vd. saber mi opinion acerca de Bayona y voy á emitirla. Su aspecto es triste en lo general; solo la plaza de Armas, donde hay un suntuoso edificio construido hace pocos años, que sirve ó la vez para teatro, aduana, oficinas de policía y no sé cuantas cosas mas, y una calle, que á manera de la nuestra de Alcalá, es el centro del movimiento, porque se hallan en ella las mejores fondas y los despachos y administraciones de diligencias y carruages, merecen mencionarse: lo demas vale muy poco dentro de la poblacion; pero en cambio sus cercanías son un verdadero paraíso. ¡Qué casas de campo, amigo mio! ¡Qué jardines! ¡Qué huertas! ¡Cuánto progreso en la horticultura y floricultura! ¡Qué gusto en las combinaciones! ¡Qué esmero en los detalles! Aseguro á vd. que cuando uno vé esto no puede menos que entristecerse contemplando lo que nos falta aun que hacer en España, precisamente en un ramo en el que mas podríamos sobresalir. Aquí se comen la mayor parte de los frutos y hortalizas todo el año, como sucede con la fresa y los guisantes; aqui hay flores en todos tiempos y de todas clases; aqui, en fin, el arte ha vencido á la naturaleza y ha hallado medio de templar los rigores del invierno, como de mitigar los calores del estío. Es verdad que los campos de esta ciudad cuentan con abundancia de agua, elemento que escasea mucho en una gran parte de nuestro país; pero repito que el arte es aqui todo. Bayona tiene dos rios nada menos, el Nive que atraviesa pacifico el recinto de la poblacion, y el Adour que despues de recibir en su seno las aguas del Nive, forma en el lado occidental de la ciudadela un puerto muy capaz y dilatado, que rodea un ancho muelle sombreado por magnificas calles de árboles á que dan el nombre de *Alles Marines*, calles marinas. Pero como todo tiene sus contras, este puerto tan seguro, tan cómodo y tan hermoso, es peligrosísimo á la salida, y solo los muy prácticos, en dias y momentos dados, pueden doblar la barra sin esponerse á una desgracia infalible.

Nada he dicho á vd. de edificios, porque Bayona no los tiene notables; solo el de la plaza de Armas, de que hablé mas arriba, merece este titulo en lo moderno, y en lo antiguo la catedral, que me ha parecido de gusto gótico; pero no se fie vd. de mi opinion por que no soy inteligente en la materia. Debe ser de tiempos remotos, pues una gran parte de los adornos y grecas se estaban desmoronando. Hace tres ó cuatro años se emprendió la obra de la recomposicion con notable actividad y extraordinario acierto, pero vino la república y la catedral de Bayona quedó como estaba; digo mal, quedó mucho peor, por que se paró la obra y siguen puestos los andamios. Figúrese vd. qué vista tan pintoresca presentará por la parte exterior.

Si Bayona no contase con otros titulos para justificar su fama, bastaria á hacerla tristemente célebre en los fastos de la guerra la circunstancia de haber salido de ella la invencion de la bayoneta, arma de que sabian hacer los vascos un uso terrible; pero no necesita de esto, porque ademas de lo dicho tiene un cementerio inglés, (los ingleses ya sabe vd. que en todas partes tienen algo,) que es el orgullo de sus

hijos: voy á decir á vd. por qué tiene este cementerio y por qué están orgullosos de poseerlo.

Bajo el cañon de la ciudadela y al pié de la altura de Montaigu, existe un estrecho valle, cubierto de helechos que dificilmente se encuentra al través de escabrosos y resbaladizos senderos. Este valle, casi ignorado en el dia, estaba en 1814 cubierto de hombres, caballos y armas, y las cuevas que lo circundan, en que crece la espinosa retama, las ocupaba una brigada de tropas inglesas. En todos desfiladeros y alturas habia avanzadillas, y desde la desembocadura del Adour al Nive, estendiase un vasto campo, en medio del cual la ciudad de Bayona y sus fuertes cercados de murallas y coronados de piezas de artillería, parecian estar desafiando todas las combinaciones y planes estratégicos. Bayona bloqueada por un ejército de 40,000 hombres resolvió defenderse con tenacidad. Inspirados por un sentimiento igual de patriotismo la guarnicion y los habitantes, poseidos del mismo valor y entusiasmo, habian ya causado grandes pérdidas al enemigo; pero nada decisivo se habia intentado. El cañon de la ciudadela destruía por el dia las obras que los ingenieros ingleses habian levantado por la noche, y asi se pasaba el tiempo.

El 14 de abril de 1814, á las dos y media de la mañana, un soldado de la guarnicion se descolgó en silencio por los parapetos de la ciudadela en un punto en que las murallas no tienen grande elevacion, y por medio de increíbles precauciones pudo burlar la vigilancia de los puestos avanzados y llegar hasta los centinelas ingleses del puente del Molino en el camino de Boucao. Detenido luego y desarmado sin resistencia, pidió que lo presentasen al general inglés Hope; y mediante una cantidad que le ofreció éste declaró que la guarnicion proyectaba una salida, designando el número de hombres de que debia componerse la columna de ataque, el sitio de este, y la hora en que habia de verificarse. El general dió al punto las órdenes oportunas, y los oficiales de estado mayor corrieron á las diversas posiciones que ocupaban las tropas inglesas; pero no llegaron á tiempo, porque apercibidos de la falta del desertor los franceses, precipitaron la operacion en términos que solo los puestos avanzados del enemigo se hallaban sobre las armas. Trabóse la pelea y antes de que las divisiones Bomay y de Hayet, pudiesen prestar auxilio á sus compañeros, los ingleses habian sido derrotados y el campo atrincherado de Montaigu quedó por los franceses, pero sembrado de cadáveres. El mismo general Hope cayó herido, y el soldado traidor que iba á su lado, murió atravesado por una bala que fue á clavarse en un cerezo, como si quisiera por este medio la Providencia que se perpetuase la memoria de la deslealtad y el castigo que habia sufrido. Alrededor del árbol, fueron enterrados los oficiales ingleses que perecieron en la jornada, sin que por espacio de diez y seis años hubiese mas que alguna piedra groseramente labrada, que señalase el lugar de las sepulturas; pero en 1830 no sé quien tuvo la idea de abrir una suscripcion en Inglaterra, en el segundo regimiento de la guardia real llamado Coldstream, y Mr. Hervey, cónsul en Bayona en aquella época y capitán que habia sido del espresado regimiento, recibió encargo de comprar el terreno, lo cual hizo inmediatamente, levantando luego un cercado y convirtiéndolo al fin en cementerio, que bautizado con el pomposo nombre de *Monumento de Coldstream Guards*, es hoy dia objeto de peregrinacion para todos los ingleses que por sus negocios, ó por su aficion cosmopolita visitan este país; y me han ase-

gurado personas dignas de crédito, que algunos, bajo el influjo de una idea exagerada de piedad nacional, han hecho un viaje á Bayona sin mas objeto que contemplar un instante la tumba de sus compañeros, y llevarse hojas ó flores conmemorativas para colocarlas esmerada y delicadamente en las páginas de sus *albums*.

A proposito de ingleses voy á decirle dos palabras de la China.... No se ria vd., amigo mio, que los ingleses y la China no son cosas tan heterogéneas como á primera vista parece. Supongo á vd. enterado de que los súbditos del Celeste imperio acaban de perder el numero 270 de sus emperadores Tao-Kwang (*Razon Brillante*) que ha muerto el 23 de febrero último, aunque la noticia no ha llegado á Europa hasta hace poco por la mala de la India. Si el mérito de un rey se estima por la antigüedad de su raza, por la estension de sus dominios y por el número de sus vasallos, no hay duda que Tao-Kwang ha sido el monarca mas grande de los tiempos antiguos y modernos. La historia de sus abuelos se remonta á cuatro mil años atras; su reino ocupa un territorio de 440,000 leguas cuadradas de España, próximamente, que es la quinta parte del globo, y mandó á 341.486,294 almas. Los dos acontecimientos mas notables de su reinado fueron la conspiracion de Tchankor y la guerra del opio, Tchankor, oficial del Turkestan, habia sublevado las provincias de Ili, y despues de largos combates fué arrestado y quemado vivo. Sus cenizas se arrojaron al rio, en Pekin, y todos sus parientes hasta la cuarta generacion inclusive sufrieron la misma suerte. Tal es el rigor del código chino; no se perdona sino al que revela la conspiracion. Facil es de adivinar el objeto y el efecto de esta ley; las mismas familias contienen ó denuncian á los conspiradores. Esto no es muy moral pero en cambio es de resultados seguros. En cuanto á la guerra del opio ya sabe vd. el origen, las peripecias y el desenlace. La Inglaterra viendo la pasion de los chinos por este narcótico, y calculando que habia proporcion de ganar algunos millones en el Celeste imperio, estableció en la costa, segun su costumbre, una tienda, un mercader de Biblias y un pabellon. Las autoridades chinas resistieron, el emperador hizo desplegar sus banderas *ilustradas* con monstruos horribles; pero los cañones ingleses no se asustaron ni retrocedieron por tan poca cosa. Vencedores en Canton, en Fo-kien y en Tchéc-kiang, arrancaron al imperio, intacto hace cuarenta siglos, la isla de Hong-kong, que es todo lo que necesitaban para inundar la China de opio. En el dia el asunto está terminado; todos los chinos se envenenan á su gusto, y su oro empaquetado entre esencias va por cargamentos á engrosar las arcas de la Gran Bretaña. Lo que hay de gracioso en todo esto es que un solo hombre en China se ha muerto sin conocer la victoria de los ingleses y la cesion de la isla Hong-kong. Este hombre es el emperador Tao-Kwang. Sus mandarines y generales á quienes hubiera mandado ahorcar, le han ocultado la derrota hasta el postrer momento. El nuevo emperador Se-Go-Ko, cuarto hijo del difunto, aunque enterado del suceso, es probable que se limite á regularizar el envenenamiento de sus pueblos en vez de impedirlo, en cuyo caso los chinos morirán legalmente como los europeos y todo irá á las mil maravillas en el mayor y mas grande imperio posible.

Tiempo es ya, querido amigo, de explicarle por que he injerido en mi carta este trozo de historia china, yo que como

buen español me cuido tan poco de saber la historia de ningun pais incluso el nuestro. Es el caso que vive en el mismo *hótel* (fonda) que yo, aqui en Bayona, un inglés que acaba de llegar de la China, y como el hombre trae tan frescas las ideas, no habla de otra cosa mas que de los hijos del sol, de cuyas resultas, y habiéndonos hecho muy amigos, porque es excelente sugeto, si bien algo escéntrico como todos sus compatriotas, yo he concluido por participar de su mania y me ha parecido que no debia perder la ocasion de esta carta para lucirme en punto á historia, siquiera una vez en la vida.

Las aventuras de mi nuevo amigo son muchas y muy curiosas; pudiera con ellas llenar algunos pliegos, pero me limito á referirle, y eso en extracto, solo una relativa á su casamiento, porque tengo que hablarle aun de otras muchas cosas.

Un dia que estaba de muy mal humor, ó sea atacado de *esplen*, salió á cazar para distraerse sin mas compañía que dos criados: internado en el bosque, no se le presentó nada que perseguir; hasta las fieras se habian declarado aquel dia en su contra. Insistió una y otra hora con esa constancia, característica de los ingleses, pero sin resultado, y viendo que cerraba la noche, y una noche oscura y lluviosa, resolvió retirarse, cuando los perros dieron de pronto señal de rastro; partió al galope lleno de gozo con tal impetu, que no habiendo reparado en una zanja profunda, el caballo quiso saltarla, le faltó tierra y arrojó al jinete al suelo, algunas varas de distancia. Los criados acudieron y lo encontraron sin sentido, por que habia llevado un tremendo golpe en la cabeza contra un árbol. En tal apuro les ocurrió llevarlo á la morada del propietario del bosque, que era una rica solterona, dueña de unos cuantos miles de libras de renta. La castellana, como diriamos nosotros, dispensó toda clase de auxilios al desgraciado cazador, y este se restableció muy pronto de la herida de la cabeza, pero á costa de otra herida mas profunda en el corazon. La gratitud se habia convertido en amor hacia Evelina, que así se llamaba su bienhechora, pero en un amor inglés, fuerte, impetuoso, taciturno y decidido. La inmediata, fué pedir á la heredera su blanca mano; mas esta se negó obstinadamente, y no porque Jorge, que este es el nombre de mi compañero de posada, no fuese un excelente partido, sino porque no era tuerto. A Evelina le faltaba un ojo, y habia jurado no unirse á un hombre que no tuviese igual defecto, para que nada pudiera echarle en cara.... En vano insistió el jóven; ella se negó absolutamente, sin hacer con su negativa mas que aumentar la pasion de Jorge.

—Y si yo fuese tuerto, le dijo este una tarde, ¿me querria vd?

—Entonces, si; contestó ella.

Al dia siguiente Jorge montó á caballo y se fué á Londres en busca de un famoso cirujano amigo suyo.

—Vengo á que me saques al instante el ojo derecho, le dijo.

—¿Estás en tu juicio?... ¿Te duele?... ¿Lo tienes malo?...

—No es eso; es que me estorba.

—¡Estorbar un ojo!... Jorge, yo no te entiendo y si fuera de noche, creeria que venias de cenar con algunos amigos.

—No importa que no me entiendas; sácame el ojo, y aun que no me hagas otro favor en tu vida.

—Yo no haré nunca semejante cosa.

—Peor para tí porque me pegaré un pistoletazo y serás el responsable.

—¿Pero á que viene esa mania? Esplicame el objeto que te propones con quedarte tuerto y puede que nos entendamos. Jorge le refirió entonces la historia, y el médico pudo persuadirle á que emplease una estratagema reducida á pegarle



Griseta y campesina de Bayona.

los párpados con una composicion y desfigurarle el ojo de modo que pareciese realmente tuerto. Dejó pasar algunos dias, al cabo de los cuales se presentó en la morada de Evelina con el ojo tapado y como quien está convalciente aun despues de sufrir una operacion dolorosa. La heredera no pudo resistir á semejante prueba de cariño, y llorando—con el único ojo—que tenia le entregó á Jorge cuerpo y alma uniéndose ambos santamente. Al mes de casados creyó Jorge inútil ya el engaño, y refiriendo á su esposa lo ocurrido quitó el aparato y descubrió su ojo sano y bueno; pero Evelina se puso furiosa, y dijo terminantemente á su marido que eligiese entre sacarse el ojo de veras ó divorciarse. Jorge, que ya no opinaba como antes de casado, se decidió á conservar su ojo, y dejando á Evelina el cuidado de solicitar el divorcio legal de los tribunales, emprendió para distraerse el viage á la China, desde donde ha venido á Bayona, no sabiendo qué hacer, á ver el *Monumento de Coldstream Guards*. En seguida va á Granada á visitar la Alhambra, y luego á Egipto á contemplar las Pirámides.

Sin querer me he estendido mas de lo que pensaba hablando de mi nuevo amigo Mr. Jorge, y puede vd. estar seguro que no le he dicho sino una pequeñísima parte de lo mucho que le diré á nuestra vista de este personage verdaderamente original. Volviendo al pais, tengo que participarle que he hecho varias incursiones á los pueblos y caserios comarcanos, y cada vez admiro mas la laboriosidad, el aseo, y el carácter de estos campesinos. Los vascongados de las inmediaciones de Bayona difieren muy poco de los de las provincias contiguas de España, así en traje, como en costumbres y hasta en language. En ambos paises las mugeres son alegres y burlonas, y los hombres taciturnos y esquivos, so-



Pastor landés subido en los zancos.

bre todo, cuando están enamorados; el baile y el juego de pelota, son las diversiones favoritas, además de las romerías que en la buena estación se repiten con frecuencia en todas las ermitas, iglesias y santuarios. Las mugeres son por lo comun fieles á sus compromisos de amor, y aunque amables en apariencia, sobre todo con los extranjeros, son mas esquivas en el fondo que nuestras desdeñosas madrileñas. Voy á referir á vd. una anecdota que se lo probará.

Entre los españoles que residen ahora temporalmente en

Bayona hay un jóven de familia muy conocida, que omito nombrar por la misma razon, y que por su edad pertenece aun á la clase de *pollo*, según la clasificación moderna. Es la primera vez que ha salido de Madrid y blasona de calavera y de hombre de mundo; habla en mal francés hasta á los españoles, aquí que el español se entiende en todas partes; gasta mucho dinero en cosas inútiles y se mueve con esa vivacidad propia de los pocos años. Hace una semana que no sé quien le propuso, sin duda por broma, que hiciera una



Trages vascongados de las inmediaciones de Bayona.

romería á la cima de una montaña, desde donde le dijeron que se ven no sé cuantas maravillas; y mi jóven, sin mas exámen, emprendió el camino una tarde de las mas calorosas estando el sol en su mayor fuerza. La montaña dista bastante, y no se puede subir á ella en coche; pero aquí, como en nuestras provincias vascongadas, se hace uso de las *artolas*, que son una especie de sillas de madera que se colocan en el lomo de una caballería como las aguaderas, y sirven para dos personas. Emilio, que con este nombre quiero designar á nuestro compatriota, para ocultar el suyo verdadero, ajus-

tó, pues, unas artolas, y calcule vd. cual seria su sorpresa, su alegría al ver que á la hora convenida se le presentó por conductora y compañera de viage una jóven de diez y ocho á veinte años, guapa como lo son casi todas por esta tierra, y amable como una francesa. A los que no hemos visto mas mundo que nuestra villa heroica, nos sorprende el uso que se hace de las mugeres, lo mismo en Francia que en nuestras provincias del Norte. Aquí van al campo como los hombres, guían las carretas, son vendedoras en las plazuelas ó mercados en el mostrador, y hasta hacen de peones conduciendo

espuestas de tierra y piedras en las obras de los caminos; y jamás las ve vd. ociosas; en el puesto, en su tienda, en la caballería ó en el carro, siempre están haciendo calceta, y si es domingo con un libro en la mano. Lo del libro conviene advertir que se refiere solo á Francia, porque nuestras vascongadas en su mayor número no entienden el castellano, y no es gran cosa el número de libros que circula por estas provincias.

Volviendo á tomar el hilo de la anécdota de Emilio, decia que cuando se vió con una chica como unas perlas, dispuesta á servirle de compañera y de guía por caminos estraviados, empezó á echar cálculos y á formar planes no muy santos sin duda, pero disculpables si se atiende á su inesperienza, y á que la muchacha le saludó con una sonrisa y una espresion de benevolencia capaz de dar esperanzas al hombre mas desconfiado. Ademas, Emilio habia hallado en las criadas de la fonda, y en las *grisetas* de Bayona, favorable acogida, porque tiene buena figura, y sobre todo porque es español y rico, que es cuanto hay que ser aquí: ¿cómo podia dudar merecer los favores de una campesina?

Emprendió, pues, el camino lleno de gozo sentado en un lado de la artola, y la jóven ocupó el otro para hacer contrapeso. La primera legua, y mientras iban por el llano, se pasó sin que ocurriera cosa notable. Emilio se limitó á decir cuatro flores á su compañera, y esta las oyó con indiferencia sin resentirse ni mostrarse satisfecha. Mas adelante el intrépido viagero quiso avanzar mas, pero fué rechazado con entereza y dignidad segun confiesa él mismo. Cualquiera en su lugar hubiese desistido, pero los *pollos* de ahora dicen que son gente incorregible; volvió al tema, y entonces la jóven, para acabar de una vez, pegó un salto de la artola al suelo y emprendió muy tranquila el camino de Bayona. La consecuencia de esto fué que como á Emilio le faltó de pronto el contrapeso, cayó en tierra y se rompió la cabeza, que aun lleva vendada; que la caballería, viéndose libre del peso, corrió á unirse con su ama, y que nuestro jóven tuvo, herido y todo, que volverse á pie á la ciudad muy pesaroso del desaire, pero no e scarmentado ni arrepentido.

Me he estendido demasiado, y ahora me falta tiempo y espacio para hablar á vd. de una expedicion que he hecho á las famosas *Landas* por el camino de Burdeos. Apenas nos hemos separado de la carretera, y sin embargo, ¡qué diferencia en tan corto espacio! Si los contrastes son en efecto necesarios en todas las circunstancias de la vida; si es precisa la oscuridad para apreciar la luz, la tormenta para gozar del buen tiempo, la miseria antes de la riqueza, la esterilidad primero que la abundancia, le aseguro á vd. que nada hay equivalente á la comparacion de este pais, con el venturoso en que hemos nacido. Un horizonte oscuro y cargado de nubes, un suelo pantanoso y mal sano, sin mas árboles que pinos, sin mas vegetacion que juncos, y sin otros animales que algunas ovejas, vacas y caballos raquíticos, hé aquí el aspecto general de las *Landas*. Dias enteros se viaja por ellas sin encontrar un pueblo, ni mas viviente que algun pastor subido en zancos haciendo calceta, ó algun hombre ocupado en sangrar los árboles para extraer la resina, única industria de esta tierra infeliz. Y sin embargo, los habitantes de las *Landas* no cambiarían su miserable choza por la residencia de una ciudad, ni su misera existencia por otra mas cómoda y regalada. Tal es el amor al hogar, y tanto el apego á los sitios en que vimos la luz primera.

Van viniendo á esta ciudad algunas de las familias que han estado en los baños de las provincias vascongadas, á tomar la diligencia para regresar á la corte en el ya próximo setiembre, á proveerse las señoras de paso, de tisús, encajes, adornos y bagatelas, y á gastar el dinero los hombres en una tienda de roperia que hay aquí que llaman de los *Judios*, donde se da la ropa á un precio verdaderamente fabuloso. Yo tambien me preparo á marchar pronto, y es inútil decir que desea darle un abrazo su invariable amigo

M.***

LAS OBLEAS.

Anécdota moral.

Hace algun tiempo que me ocurrió cerrar una carta en presencia del señor de X.... antiguo gefe de seccion del ministerio de Gobernacion y hombre de esos cuya raza va perdiéndose desgraciadamente como tantas otras cosas buenas, pues posee el don de entretener agradablemente con su conversacion instructiva, amena y salpicada de anécdotas, gracias y oportunidades de buen gusto,

—¿Quiere vd. que le cuente una historia? me dijo de pronto.

—¿Y por qué no? mucho gusto tendré en ello, contesté al punto.

—Pues présteme vd. atencion le contaré una que ha acudido á mi memoria con motivo de la oblea que tiene en la mano. Me parece escusado advertir que lo que va vd. á escuchar no es un cuento forjado por recrear el ánimo, es una anécdota fundada en hechos rigurosamente exactos, en lo cual encontrará vd. compensado en verdad la carencia de episodios que halaguen y seduzcan la imaginacion.—Aparte de otras digresiones que no son del caso y de que hacemos gracia al lector, comenzaremos nuestro asunto segun lo comenzó el señor de X....

Trascurría el mes de enero de 1834. Asomaba para nuestra desventurada nacion la actualidad de un período turbulento y la aurora de un porvenir regenerador. Una amplia amnistia, página elocuente y generosa de nuestra historia, habia abierto las puertas de la patria á millares de hijos que gemian en tierras lejanas; la esperanza de instituir un régimen de holgura y esparcimiento henchia de entusiasmo el pecho de gran parte de los españoles que se apresuraban á ofrecer su sangre para sostener la iniciada reforma. Los antiguos campeones de la libertad, ancianos ya en su mayor parte, lloraban de alegría al comprender llegado el caso de proseguir la obra cuyos cimientos con tanta sabiduría establecieron en Cádiz, y los jóvenes sentían latir su corazón agitado de esperanzas y de ambicion de gloria, al pensar en ser llamados á sostenerla con sus esfuerzos. En una palabra, la voz de la libertad habia resonado en los ámbitos de la monarquía, y aunque no se temia la estincion de sus ecos, tampoco se dudaba de los costosos sacrificios que exijia. Intereses y preocupaciones añejas debían combatir el espíritu innovador apesar del torrente de las ideas.

Una de las cosas que por entonces se instituyó, y que aun se conserva, aunque retocado en el nombre y aun en el pensamiento, fué el ministerio de Fomento, de que desempeñó el cargo de secretario de estado y del despacho, el Excmo. señor

don Francisco Javier de Burgos. Yo era entonces oficial del ministerio y amigo particular del jefe.

Entre los empleados subalternos que estaban á mis órdenes en el negociado que tenía á mi cargo, había uno que designaré tan solo por el nombre de Roberto, que se distinguía de entre todos los demas por su celo y laboriosidad en el desempeño de sus modestas funciones. Era un jóven como de veinte años, admitido en nuestras oficinas hacia muy poco en calidad de meritorio.

Roberto de carácter sombrío y reservado, aparecía allí á la hora en punto de la obligacion, y sin hablar de nada ni con nadie trabajaba por tres sin abandonar la pluma un instante. La hora de las once, ese dulce momento en que entonces mas que ahora, se daba tregua al trabajo para tomar un bocado, el que lo llevaba, porque ya se habia suprimido la rancia costumbre de las oficinas que suministraban las rosas, el queso y el sorbito de vino, ni aun ese dulce momento iba diciendo á vd. era pretesto plausible para que cesase en su tarea. Es verdad que nunca se le vió comer nada en la oficina, ni traer la punta de panecillo francés y la rebanada de queso ó salchichon que constituía el tradicional *tente en pie* de todo empleado de estómago débil.

En las oficinas, en general, donde muchas veces se despacha cada uno á su gusto, suele mirarse de reojo á las personas demasiado concienzudas, por temor de que se hagan buen lugar, y esto sucedía con nuestro meritorio á quien su conducta suscitó buen número de envidiosos, y hasta de enemigos que atisbaban apoderarse de algo capaz de poner en ridiculo ó que censurar en aquel empleado modelo, en aquel yunque infatigable.

Desgraciadamente no era facil la empresa; los mas solícitos desmayaban ya tornando á otra parte su maliciosa actividad, cuando hicieron un descubrimiento insignificante en verdad pero que no cayó en saco roto á falta de otro mejor; este fué que Roberto gastaba una cantidad extraordinaria de obleas, gasto tanto mas insólito, cuanto que en su mesa no había nunca que cerrar pliego alguno; su cometido se limitaba á copiar cuentas y poner traslados en limpio. Todas las mañanas atestaba el portero su obleera y por la tarde estaba completamente vacia. ¿Qué uso haria Roberto de tantas obleas? Por de pronto, esto dió motivo á que cada cual formara sus calendarios y á poner en movimiento las lenguas de todos, de tal modo, que consiguieron dar carácter de gravedad á un hecho que realmente en si no tenia ninguna. Almas caritativas que nunca faltan, se encargaron mañosamente de informarme, y aunque al principio no hice caso, llegó á murmurarse tan de reojo, que hube menester apurar el origen para acallar la chismografía. Ademas á propósito del mismo asunto comenzaron á asaltarme sospechas de que no me perdonaria haber prescindido. Hice tomar informes sobre el modo de vivir y antecedentes de Roberto y fueron de tal naturaleza, que confirmaban mis sospechas; en seguida á pretesto de un trabajo urgente y que debia practicarse bajo mi inspeccion, dispuse le situaran en una mesa muy inmediata á la mia, prometiéndome observarle, y temiendo á la vez comprobar lo que presentia.

Desde el primer dia se angustió mi corazon con la triste evidencia que tenia delante de mis ojos: habia adivinado una parte de lo que despues Roberto mismo, que me honró contar en el numero mis amigos, me ha referido con todos sus pormenores.

Roberto huérfano de padre desde muy niño, y sin apoyo y sin fortuna, en la época á que me refiero no habia gustado en la vida mas que tristeza y pesadumbres. A su salida del colegio en que se habia educado, tuvo que suspender sus estudios y renunciar al proyecto que formaba todos sus dorados ensueños: ambicionaba seguir la carrera del foro, abrazar la profesion de abogado que se le presentaba tan noble y tan digna; pero antes de ganar su primer pleito le quedaba mucho camino que andar y muchos gastos que soportar.... Y Roberto notenia que pensar en si únicamente, que no estaba solo en el mundo; vivia su madre, su madre anciana, delicada y sin mas sosten ni amparo que su hijo Roberto.

Tal situacion no era para vacilar, asi que encerrando sus deseos en el fondo de su alma puso en accion toda su actividad á fin de colocarse ó de meter la cabeza en cualquier parte, como se dice vulgarmente. Esto que lo consigue cualquiera que tiene un poco de favor debia ser empresa magna para un jóven tímido, desconocido y sin las protecciones que dan las relaciones y el trato de gentes. Asi que cada dia, despues de muchos pasos infructuosos daba al diablo los años que le habian tenido metido en un colegio en vez de enseñarle un oficio, por que entonces á lo menos hubiera podido ganar el sustento diario.

Por fin se tuvo por muy dichoso cuando al establecimiento del ministerio de Fomento consiguió poner el pie en el vestibulo de la carrera administrativa ingresando como meritorio. Poco despues logró sacar partido de las noches que le dejaba libre la oficina copiando papeles para el teatro, y de este modo pudo aguardar con resignacion sino con paciencia, la época en que cesara su noviciado administrativo.

Tanto valor y perseverancia debian quebrantar la suerte, pero no sucedió asi; Roberto estaba destinado á mas rudas pruebas. Un dia llegó en que fué envuelto en la quiebra de una casa de giro un poco de dinero que tenian impuesto en ella, y cuyos réditos bastaban á él y á su madre para proveer á su subsistencia mas precisa. Desde este momento la miseria que no habia hecho mas que rozarles con su ala, se dejó caer con toda su comitiva de angustias y de dolores. La situacion de Roberto era horrible y tanto mas horrible cuanto que afectada su madre por golpe tan cruel é imprevisto, cayó enferma de peligro.

Sin embargo, Roberto no decayó de espíritu; el pobre jóven vivia, como tantos otros, de esperanza, ese gran tónico de los desgraciados, é ignorante de la distancia que media entre el meritorio y el empleado efectivo, se decia á si mismo todos los dias. «¿Quién sabe? mañana tal vez me asignarán algo. Poseía una de esas organizaciones privilegiadas, que á vueltas con la miseria la miran sin pestañear y la arrojan con orgullo el guante; rudos paladines que frecuentemente suelen dejar la vida en la arena antes que gritar gracia, antes que tender la mano.

Dotado de un temperamento de hierro, empleaba la tarde y la mayor parte de las noches, en poner en limpio papeles de comedia, tarea que le mortificaba infinito á causa de entretenerle á la cabecera del lecho de su moribunda madre con coplas, amores, locuras y chistes. La cortisima utilidad que le reportaba este trabajo, no bastaba para nada, asi que, para que no faltase á su madre siquiera aquello mas preciso, se imponia Roberto las mas duras privaciones; en una palabra, por su madre hacia algunos dias que sufría con una

constancia heroica el mas terrible de todos los males, aquel ante el cual se relajan hasta los vinculos mas sagrados; ¿será menester nombrar el hambre?

Por la mañana, cuando llegaba á la oficina, podia apenas tenerse de pie, le chillaban los oidos, y todos los objetos le parecia que daban vueltas á su alrededor. Entonces, para ahogar el grito de la necesidad, se concentraba del todo en el trabajo, aferraba á él con todas sus fuerzas sus potencias y sentidos, y deslizaba su pluma sobre el papel con febril lijereza. Tanto esfuerzo no era obstáculo bastante á que una potencia invencible guiase su mano hácia la escribania que tenia delante, y diese á consumir las obleas, ténue calmante del hambre que le devoraba.

Un día mas, y tal vez de la boardilla que refugiaba á Roberto y su madre, estraerian sin estrépito, dos féretros pobres, aislados en medio del mundo, como lo habian estado y vivido los seres cuyos despojos guardarían.

El mal era grande; el remedio debía ser rápido y eficaz. Remitir á mi Roberto algunos socorros de parte del gefe hubiera sin duda alguna, lastimado su susceptibilidad y me parecia hombre capaz de rehusarlos. Ascenderle al cabo de poco mas de dos meses de meritorio al rango de empleado efectivo, no dependia de mi solo, ni aun tampoco del ministro, porque no habia vacante.

En tal apuro no vacilé un momento: me presenté en el despacho del gefe, y le espuse brevemente cuanto acabo de de referir á vd. Mis pasos no fueron infructuosos. Dos horas despues de mi entrevista con el ministro, recibí mi protegido del fondo de imprevistos una gratificacion de veinte y cinco doblones bajo pretexto de estímulo y recompensa á su laboriosidad. Gracias á este socorro inesperado pudo rodear á su madre de todos los cuidados que reclamaba su delicada situacion, logrando salvarla. Quince dias no habian transcurrido desde este momento cuando recibí un real nombramiento de empleado efectivo con seis mil reales.

Roberto no se estancó aqui: por este camino que emprendió contra su voluntad ha hecho en los años que han transcurrido una carrera brillante, que le ha colocado en posicion de contraer matrimonio con una señorita á quien amaba antes de sus desgracias y que le llevó en dote una regular fortuna, acompañada de una figura interesantísima. Tal vez fué la firme voluntad de poseer algun día esta muger lo que le inspiró fuerzas y salvó de la desesperacion cuando no era mas que un triste meritorio.

Hoy dia, es rico, amado y respetado de todos, pero no ha olvidado la época critica de su vida en que mataba el hambre con las obleas de su escribania.

GLORIAS DE ESPAÑA.

EL MONGE DE YUSTE.

I.

Por el estrecho sendero que, por el territorio llamado de la Vera y entre áridos riscos, conducía al retirado monasterio de Yuste, de la órden de San Gerónimo, se dirigian en una tarde del mes de setiembre de 1556, algunos desconocidos, que por la gravedad de sus personas, lo esmerado de sus trages y aun lo lucido de los arrees de sus caballos, eran á no dudar, personas de distincion. Habia uno sobre todo que dominaba en aquella comitiva, y no por la deferencia que los demas con él guardaban, sino por la magestad que se traslucía en toda su persona; pero este grave personage, tan silencioso y tan preocupado iba, que hacia guardar el mismo silencio á sus compañeros que no osaban dirigirle la palabra. Al llegar á las cuestas que anuncian la proximidad del monasterio, se animó algun tanto el referido personage, picó el caballo y adelantándose á la escolta, trepó solo hasta la cambre de la montaña que domina aquella pobre mansion de solitarios monges. Era aquel paisage en extremo pintoresco de puro agreste: entre la masa oscura de los peñascos, terminados por colosales y piramidales puntas, descollaban las paredes del monasterio, blancas y de tan modesta como maciza arquitectura. En alianza con la arquitectura se divisaba en varias partes del edificio esa lozana vegetacion que tan delicioso efecto produce en las tranquilas moradas de la paz y la religion. Solo la vista de aquel sitio agreste, su soledad y su silencio, inspiraban profunda melancolia; por lo que el desconocido, sintiendo aumentarse la que á él le do-

minaba, y acrecentarse la resolucion que llevaba formada, volvió la vista atrás, la tendió por la inmensidad que desde allí se descubria, como despidiéndose para siempre de todo cuanto con el mundo le ligaba, y se encaminó resueltamente al monasterio, seguido ya de cerca por los de su comitiva que habian interpretado aquella mirada como una señal de que fuesen á unirse con él.

Llegado que hubo á la puerta del solitario asilo, se postró en tierra, diciendo:

—¡Salve, madre comun de todos los vivientes! A tí vuelvo desnudo y pobre como salí del vientre de mi madre.

Habianse abierto ya de par en par las puertas del monasterio, y el venerable prior seguido de todos sus monges, salía al encuentro del desconocido. Este hincó la rodilla con respeto ante el anciano religioso y le dijo:

—¡Padre mio! aquí teneis al que era en el siglo, Carlos, rey primero de España y emperador quinto de Alemania. Ahora solo solicita que le permitais descansar en este asilo hasta el último de sus dias.

El monge, despues de haberle dado su bendicion, se apresuró á levantarle y estrechándole con efusion entre sus brazos, le dijo:

—Llegad, hermano: hace tiempo que os esperábamos. Preparada os está la humilde celdilla en que habeis de ejercitar las prácticas de virtud y de piedad que prescribe la regla de esta santa casa: venid á descansar en ella lejos de la compañía de los hombres.

—Si; pero antes vayamos al templo á dar gracias á Dios, que me ha concedido llegar con tanta felicidad al colmo de mis deseos.

Dirigiéronse entonces todos á la iglesia y concluida la accion de gracias, todos los monjes abrazaron al nuevo hermano que la Providencia les habia preparado.

II.

Convocados estaban en Bruselas para el 25 de octubre

de 1553 los representantes de todos los estados de Flandes, los caballeros del toison de oro, los senadores, los nobles del imperio, y los embajadores de los principes que estaban en buena armonía con el César. Susurrábase que desengañado de las grandezas humanas, iba á hacer renuncia de todas ellas; pero nadie daba crédito á tan estraña resolucion,



Muerte del emperador Carlos V.

precisamente cuando el emperador favorecido por la fortuna, se hallaba en el colmo de sus victorias, hasta que llegó el referido dia, y en el seno de aquella asamblea, una de las mas grandiosas que se han visto en el universo, se presentó

el César Carlos, emperador quinto de Alemania y primer rey de este nombre en España, acompañado de su hijo el rey don Felipe, de Maximiliano rey de Bohemia, y de Filiberto duque de Saboya, hallándose tambien presentes, Eleonora

reina de Francia, doña María de Hungría, doña María de Bohemia, y Cristina duquesa de Lorena.

Empezóse la ceremonia por nombrar al príncipe don Felipe, gran maestre de la orden del toison de oro, concediéndole la investidura de dicha dignidad. En seguida Filiberto de Bruselas, presidente del consejo de Flandes, leyó en latín el acta de abdicación por la que el emperador y rey resignaba en su hijo todo el soberano poder, dando por causa la insuficiencia de sus fuerzas, tan debilitadas con las enfermedades y los trabajos, para sostener tan inmenso imperio.

Levantóse don Carlos en seguida, y con tanta dignidad como modestia hizo una breve reseña de todas sus empresas. Agradeció á todos sus súbditos la cooperación que en ellas le habían prestado, les relevó en favor de su hijo del juramento de fidelidad que por él le habían hecho, exhortándolos á que le guardasen la misma lealtad y amor. Vuelto luego á don Felipe, le dijo:

—A la cesión voluntaria que en ti hago de mis reinos, solo puedes corresponder, haciéndote el padre de los pueblos que confío á tu cuidado. En todas mis empresas no he tenido otra intención mas que la defensa de la religión católica, la observancia de las leyes, y la justicia y protección que debo á mis pueblos, conforme mi conciencia, mi deber y mi honor lo exigían. Haz tú lo mismo y serás feliz.

Púsose entonces don Felipe de rodillas y descubierta la cabeza con el mayor respeto, contestó:

—Padre y señor, confiado en el auxilio divino, procuraré corresponder á las esperanzas que de mí habeis formado. Para esto no tengo mas que imitar vuestros gloriosos ejemplos y seguir vuestros consejos.

Tiernísima fué esta escena: el rey don Felipe se arrojó á los pies de su padre, besándole la mano con tanta gratitud como respeto, mientras el magnánimo Carlos, no pudiendo ya contener sus lágrimas, levantó á su hijo y estrechándole tiernamente en sus brazos, le dijo en voz baja:

—No te deseo mas, sino que tengas hijos á quienes, solo por su mérito personal, puedas tambien ceder algun dia el gobierno de tus estados.

Toda la asamblea penetrada de admiración y de ternura, participaba de los sentimientos de los dos escelsos monarcas.

III.

A el acto de la cesión de todos sus dominios que hizo el César en favor de su hijo, debían seguir inmediatamente otras ceremonias que habilitasen á éste para el reconocimiento y toma de posesión: tales fueron la imposición de las manos en la cabeza, con la fórmula acostumbrada invocando á la Santísima Trinidad, para ser proclamado príncipe de Flandes, previa la renuncia que de su gobierno hizo la reina doña María de Hungría: el juramento de fidelidad que tuvieron que prestar á don Felipe los diputados de las provincias, la convocación de los grandes de España, para hacer tambien ante ellos la renuncia de sus reinos, provincias ó islas en uno y otro emisferio. Concluidos apenas estos trámites del ceremonial, el César envió en enero de 1556 el cetro y la corona imperial á su hermano don Fernando y partió á España para encerrarse en el monasterio de Yuste, amena y religiosa soledad, cuya vista le habia prendado en otro tiempo y aun inspirado, segun se cree, el pensamiento de renunciar, todas las grandezas humanas.

Sujeto allí á la vida monástica y en completo aislamiento

del mundo, en un claustro en que apenas osaron resonar los ecos de la victoria de San Quintín, solo disfrutaba algun recreo en la composición y arreglo de los relojes, á lo que se aficionó en extremo, y tambien en el cultivo de algunas flores en la huerta del monasterio. El cultivo de las flores ha sido siempre pasatiempo favorito de algunos monarcas y hombres de estado, que han ido con afán á buscar en el sosiego de los campos el descanso de sus importantes funciones. En todos los hombres hay una vaga inclinación á la vida agrícola y campestre, como un sentimiento de su antigua nobleza, cuando antes de la pérdida de su inocencia, estaban destinados á cultivar la tierra. Si el monge de Yuste no estuviera bien resuelto á olvidar todos los sucesos exteriores, se los haria olvidar bien pronto una flor, recién abierta, cuyo suave perfume era un bálsamo de paz para su alma. Pero mientras que esta se ocupaba solo de los intereses de la otra vida, el cuerpo decaía visiblemente y su salud se empeoraba de tal modo, que el monge hubo de escribir al arzobispo de Toledo, diciéndole viniese pronto á verle, si es que queria verle con vida.

En medio del decaimiento de sus fuerzas corporales, conservaba sin embargo el austero monge un ánimo á prueba de toda clase de sensaciones, y la voluntad tan firme y decidida de sus mejores tiempos, como lo prueba la original y atrevida idea de hacer celebrar sus propias exequias, aun antes de entregar el alma al Criador.

IV.

El 29 de agosto la iglesia del monasterio amaneció entapizada y colgada de negro con galones y borlas de plata, de cuyo metal era la gran cruz que brillaba sobre el oscuro fondo del altar mayor. En el centro de la nave de la iglesia y sobre algunas gradas, se elevaba un féretro, cubierto con un riquísimo paño mortuario de terciopelo negro. Alrededor varios candelabros de estilo gótico, atestados de amarillentos cirios, esperaban llegase la hora de esparcir su fúnebre claridad, en armonía con otras luces del catafalco y las muchas arandelas diseminadas por las pilastras del templo. Llegó la hora y al acompasado doblar y fúnebres oscilaciones de las campanas, fueron acudiendo á la imponente ceremonia cuantas personas se hallaban en el monasterio. Encendiéronse los cirios, y al balancear de los incensarios las blanquizas ráfagas del humo odorífero empezaron á elevarse á las altas bóvedas del templo. A ellas llegaba tambien la armonía lenta y piadosa de las voces de todos los monges, que formando un solo coro cantaban los salmos de los muertos. Concluido el oficio divino y ya á las últimas oraciones, levantóse el monge, pálido como un espectro y con paso lento pero seguro, se adelantó, subió impávido las gradas del catafalco y fué á postrarse sobre el paño mortuario, donde escuchó las últimas preces que por él se dirigían al Eterno. Al verle allí, no parecia sino que estaba invocando con extrema impaciencia la hora en que Dios le llamase á su seno. En tanto, y segun estaba prevenido, la comunidad y todos los asistentes á la ceremonia se fueron retirando: las puertas del templo se cerraron y un silencio glacial empezó á reinar por todas partes. Carlos, víctima ya de aquella agitación febril que le duró hasta el último momento de su vida, apenas podia concentrar su espíritu en una fervorosa oración: las incoherentes y fantásticas imágenes del delirio se agrupaban ante sus turbados y lacrimosos ojos. Permaneció unos instantes en aquella lucha cruel entre la vida y la eternidad, y sintiéndose con

algunas fuerzas para volver por la última vez á su celdilla, apoyó maquinalmente su mano al levantarse en la resplandeciente cifra de su nombre que habian bordado con esmero en el paño mortuario. Sus ojos brillaron por un momento, y un vago recuerdo de lo pasado se ofreció en aquel instante á su memoria; pero en el mismo punto creyó distinguir un mancebo que se acercaba hacia él, un ángel de nobles y bellísimas formas, que asiéndole de una mano é indicándole con la otra el paraíso á donde su alma, desprendida del cuerpo, tanto ansiaba volar, le dijo, mientras que le dirigía una lenta y melancólica mirada:

—¡Carlos, tu nombre ya solo existe para la historia!

V.

Poco tiempo despues de este suceso, hicieron en el convento la fúnebre señal de que uno de los monges llegaba á su última hora. Inmediatamente toda la comunidad con hachas encendidas se dirigió á la celda del moribundo y se acercó á la cama, en extremo humilde, de Carlos, que siempre habia rehusado las atenciones que querian prodigarle, diciendo:

—¿Por qué tantas comodidades para un cuerpo que muy en breve ha de convertirse en polvo?

Allí en aquel pobre lecho se hallaba tendido y estenuado el príncipe, en cuya frente venerable se veía pintada la resignacion. Habia recibido el Santo Viático de manos del arzobispo de Toledo, Carranza y Miranda, prelado que tambien le asistía y exhortaba en aquellos solemnes momentos, hallándose presentes el conde de Oropesa, el comendador mayor de Alcántara y otros caballeros de distincion.

El venerable prior, acercándose al lecho y viendo al enfermo algun tanto despejado, le habló en estos términos:

—Hermano mio, hé aqui á todos los monges de esta casa, hé aqui á todos vuestros hermanos que vienen á despedirse como de un amigo que esperan ver dentro de poco tiempo en otra vida mejor.

Al escuchar estas palabras, todos los monges se acercaron mas y se arrodillaron alrededor del lecho: el prior continuó:

—Hermano, vos que habeis renunciado á las pompas y vanidades del mundo, esperamos que hallareis mas suave el camino de la muerte. Decidnos que sentimientos agitan vuestro corazon.

El enfermo quiso dirigirse á los circunstantes; pero su debilidad no le permitió mas que articular lentamente estas palabras.

—Cincuenta y siete años he vivido para el mundo, y esos años tan nombrados, de muy diverso modo los considero yo ahora desde el borde del sepulcro.... Solo los pocos días que he consagrado al Señor en este retiro, me han parecido serenos y tranquilizan mi alma. ¡Ojala sirvan para mi salvacion!

Calló, y el esfuerzo que hizo para pronunciar estas palabras le produjo la mayor postracion. Entonces los religiosos empezaron á rezar por lo bajo el oficio de difuntos; pero hubo un momento en que el enfermo se animó extraordinariamente, y cual si respondiese á una voz secreta y misteriosa, clamó lleno de esperanza:

—¡Ya voy Señor!

En seguida ladeó la cabeza, y sus ojos se cerraron para siempre. Eran las dos de la mañana del 21 de setiembre de 1558.

En aquellas altas horas de la noche, en medio del fúnebre silencio que reinaba en la estancia, donde solo se oían el chi-

porrotear de los cirios y los sollozos de los circunstantes, por cuyos venerables rostros corrían las lágrimas en abundancia, era una escena harto imponente la de ver morir como un humilde cristiano, al monarca mas ambicioso, mas potente y mas temido del universo. El venerable prior, no queriendo que tan solemne leccion pasase desapercibida, se levantó y pronunció como inspirado estas palabras:

—Hermanos míos, ¡qué poco son, y qué poco valen en la hora de la muerte todas las grandezas humanas! Ved aquí al monarca mas temido y poderoso de la tierra, al que en la flor de su juventud ya fué dueño del Austria, la Borgoña, los Países-Bajos y el Franco-Condado, á los que habian de seguir despues los estados de Alemania, Frisia, Utrecht, Gueldres y Uveryssel. Por muerte de su madre, nuestra reina doña Juana de Castilla, heredó las inmensas posesiones de España, Nápoles y Sicilia, á las que agregó el Milanesado, para desplegar todo su poderío y la fuerza de sus armas en nuevos mundos que conquistar. En estas manos ahora inertes y que conmovieron el mundo por su base, estuvieron los destinos de una multitud de naciones, separadas no solo por sus límites geográficos, sino por su clima, costumbres, religion y lenguaje. Sobre esa pálida y generosa frente se complació el cielo en amontonar laureles en Pavia, en Tunez, en Roma y en Méjico, y en cuantas partes tremolaba el pabellon español, llevado por sus armas victoriosas. Ellas le merecieron los títulos de Máximo, Augusto, Invictísimo, Germánico, Fortísimo y verdaderamente Católico, con que le apellidaron los pontífices y soberanos de sus días, así como la corona de plata de Alemania, la de hierro de Bolonia, y la de oro como á emperador romano. Lloremos, ¡ah! lloremos su pérdida, y tal vez con ella la de ese grado de esplendor á que en armas y en politica ha llegado la España y que es muy difícil pueda ya alcanzar pueblo ninguno. Con este monarca llegó para nuestra patria la hora de la gloria, y él solo supo eclipsar la de los mas afamados conquistadores. Dueño del Nuevo Mundo, despues de borrar el *Non plus ultra* de las columnas de Hércules, árbitro de los destinos de Europa, teniendo al emperador Motezuma prisionero en Méjico, y al rey Francisco I de Francia cautivo en Madrid, humillados los comuneros de Castilla y los rebeldes de Gante, sujetos bajo su poderoso cetro los arrogantes luteranos de Alemania, y acobardados á los piratas berberiscos, relacionado ademas con monarcas poderosos y unido en matrimonio con la reina de Portugal, ha ofrecido en su persona, y despues con su abdicacion y su retiro, un prodigio al mundo admirado. Nunca ha habido otro príncipe cuyo poder haya igualado al de este de quien se ha dicho y con razon, que el sol nunca seponia en sus dilatados dominios. Ved ahora el término inevitable de tanta grandeza y de todas las vanidades del siglo, que nada son y nada valen bajo el nivel de la muerte..... Solo Dios es verdaderamente grande, hermanos míos!

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

LA MARQUESA DE GANGES.

Conocida es la interesante *heroida* de Gilbert en la que la marquesa de Ganges cuenta sus dolores á su madre. El poeta, al apoderarse de un asunto dramático y lleno de lágrimas, y engalanando la verdad con todos los adornos que le presta-

ba su imaginacion, ha usado de un derecho incontestable. No ha querido ser historiador, sino simplemente poeta; no ha querido relatar, sino conmover, y fuerza es decir que lo ha logrado completamente. No buscamos en sus versos la verdad, sino una admirable distraccion, y despues de haberlos leído no podemos quejarnos de haber sido engañados. Pero en pos del poeta se han lanzado como sabuesos los cronistas y escritores de novelas, y apropiándose la siniestra historia de la marquesa de Ganges la han explotado de mil maneras, recargándola de toscos adornos de su invencion, sin comprender lo que de interesante y terrible tenia en si aquel acontecimiento contado sencillamente y sin ningun género de artificio. En cuanto á nosotros, á quienes nuestra posicion é inclinaciones nos llevan siempre á buscar en esta clase de relaciones la sencillez, y mas que todo la verdad, vivamente impresionados desde nuestra infancia con la lectura de los versos de Gilbert, hemos buscado la prosa de esa poesia tierna y sentida, y remontándonos á las fuentes oficiales les hemos pedido pormenores auténticos é irrecusables. Vamos á presentar á nuestros lectores esa triste leyenda judiciaria en toda su desnudez, y se convencerán por si mismos de que abunda bastante en peripecias trágicas y en pasiones furiosas y desencadenadas para que fuese necesario el falso adorno de la novela.

María de Rossan, conocida en su juventud con el nombre de la señorita de Chateaublanc, de una tierra que pertenecia á su madre, se casó en 1649 con el marqués de Castellanne, heredero de uno de los nombres mas ilustres, y de una de las casas mas poderosa de la Provenza. No tenia entonces mas que trece años. La nobleza, habituada al yugo desde el tiempo de Richelieu, lo estaba tambien á dejar sus castillos almenados para ir á saludar en San German y en el Louvre al sol de la monarquia absoluta, tributo que no se eximian de pagar ninguno de los que aspiraban á los favores y mercedes del monarca; ademas una corte brillante y voluptuosa, como lo era aquella, tenia muchos atractivos poderosos.

Cuatro años despues de su casamiento, el marqués de Castellanne llevó á su esposa á la corte, donde la rara hermosura de la marquesa escitó una admiracion general; dotada de un talento poco comun en su sexo, y de todas las gracias que prodiga la naturaleza á la muger nacida para cautivar, no era mucho que alcanzara el triunfo mas completo en medio de tantas que gozaban fama de hermosas. El jóven rey, enamorado entonces de Hortensia de Mancini, dispensó, sin embargo á Mad. de Castellanne la mas delicada atencion y obsequiosa diferencia, haciéndole el honor de bailar muchas veces con ella en las fiestas de la corte. Mignar solicitó el favor de reproducir sobre el lienzo sus hermosas facciones, y la reina Cristina de Suecia la apellidó la *Hermosa Provenzala*.

Grande era el porvenir que aguardaba á la interesante marquesa en aquella corte, donde la hermosura y el talento recibian una especie de culto. Acaso hubiera sido una de las heroínas de un siglo fecundo en fortunas extraordinarias y en el que hubiera reinado la gracia y el ingenio; pero estaba escrito que su brillante destino debia ser eclipsado, y que su nombre pasaria á la posteridad rodeado de una aureola mas sombría. En medio de las alegrías y las fiestas, Mad. de Castellanne supo repentinamente que su marido acababa de perecer en el deplorable naufragio de las galeras francesas en las costas de Sicilia. Grande fué su dolor, porque amaba

tiernamente al marqués. Obedeciendo á un tiempo á su dolor y á la etiqueta, dejó la corte y se retiró á Aviñon al lado de su familia.

Rica, hermosa y amable, dotada de un carácter dulce y afable, no podia carecer de adoradores. El marqués de Ganges, baron de Languedoc, gobernador de San Andrés, obtuvo la preferencia (1658); Mad. de Castellanne le concedió su mano, cuando este solo tenia veinte años y ella veinte y dos.

El carácter de Mr. Ganges no guardaba relacion con su edad, y discrepaba mucho del de su muger, pues al paso que esta era amable, ingenua y confiada, él era orgulloso, sombrio, suspicaz y poco expansivo. De circunstancias tan encontradas no podia menos de resultar que fuera muy momentánea la felicidad de aquel matrimonio. En efecto, Mr. de Ganges se mostraba cada vez mas tibio é indiferente con su esposa, y acabó por hacer á otra muger objeto de su amor y de su ternura. Abandonada de esta suerte María de Rossan, escuchó acaso con demasiada complacencia, las invitaciones de una sociedad brillante que la adoraba como á su idolo, y continuó frecuentando el trato del mundo y gustando de sus placeres. ¿Sus pocos años no escusaban suficientemente esta debilidad? Sin embargo Mr. de Ganges no se la perdonó; disputando á su muger una libertad de que él mismo usaba, y menos inocentemente que ella, no desperdició ninguna ocasion de hacerla sentir el yugo. Hizose celoso, y sabido es que los celos sin amor es la mas cruel de las tiranías. Entretanto la marquesa, dulce y resignada, bajó la cabeza á la voluntad de su marido, hallando solamente en su dignidad personal la fuerza necesaria para rechazar todo lo que se escedia de los limites de un poder ya demasiado grande y temible por si mismo.

El marqués de Ganges tenia dos hermanos, el uno abate, aunque no ligado por las órdenes, y el otro caballero de Malta. El primero reunia á un gran talento, un carácter arrebatado, una inclinacion desenfundada á los placeres, el mas profundo cinismo, corazon vengativo y rencoroso, y cabeza capaz de meditar largo tiempo cualquiera empresa buena ó mala; era muy vicioso, pero su talento y audacia ejercian grande influjo en el caballero y en el marqués. El maltés era débil, y se dejaba guiar siempre por su hermano, en términos, que animado por sus consejos, nada habia en el mundo de que no fuera capaz. Era, en fin, en el fondo una naturaleza gangrenada.

Desde la primera entrevista, abate y caballero se habian prendado de su cuñada. Aquel, viéndola abandonada y desgraciada, creyó poder esperar, y queriendo atraérsela por agradecimiento, usó al principio de su ascendiente sobre el marqués para inclinarle á mostrarse mas cariñoso con su esposa, y luego se propuso convertir en un mérito á los ojos de ella esta misma reconciliacion. Poco tiempo despues la siguió á una visita que hizo á la casa de campo de una amiga de su infancia, y aprovechándose de la ocasion que le ofrecia una partida de caza en que tuvo ella que elegirle por escudero, se atrevió á declararle su pasion. La marquesa, que por una especie de instinto tenia ya miedo á aquel hombre, halló, no obstante, en su virtud ultrajada, la necesaria energia para rechazar su insolente proposicion en pocas y duras palabras. El abate se separó de ella furioso, y desde aquel momento empezaron á germinar en su cabeza ideas de venganza.

El caballero, mas tímido, no habia avanzado tanto, y por

consiguiente no vivia con la marquesa en términos tan hostiles; sin embargo, ella se había apercibido de sus intenciones, y supo tenerle á raya con ese decoro amable y discreto que caracteriza á la muger honesta. El caballero hacia esfuerzos para reprimir su enojo y desesperación.

El abate, siempre en acecho, sorprendió el secreto de su hermano, y como deseaba asociarle á sus futuros proyectos, creyó conveniente tener con él una entrevista confidencial y declararle su propósito. Las confesiones fueron reciprocas, conviniendo ambos hermanos en que el primero que fuese amado lo participaria al otro, y que este se retiraria. ¡Tratado ilusorio! porque el mismo abate no contaba ya con el éxito, y buscaba mas bien un cómplice que un rival acomodaticio. No obstante, resolvió hacer el último esfuerzo; cambió sus baterías, y se propuso alcanzar por la persecucion lo que habia sido negado á sus buenos oficios. Calumnió secretamente á la marquesa, y la acusó á su marido de sostener relaciones culpables con un caballero jóven que veia algunas veces en los bailes y reuniones distinguidas. El marqués montó en cólera al oír semejante revelacion, y redobló sus rigores contra su esposa, la cual ofreció á Dios humilde y resignada estas nuevas pruebas, y se refugió en la oracion, sin que el abate reportase otra cosa de su inicua estratagemas que la vergüenza y el despecho de no haber podido realizarla.

A fines de otoño del año 1660, el marqués de Ganges anunció de pronto á su muger que se dispusiera á dejar á Aviñon para ir á vivir con él en su castillo de Ganges. Este golpe fué terrible para su corazon, porque el castillo de Ganges, patrimonio del marqués, estaba á siete leguas de Montpellier y á diez y nueve de Aviñon; era ademas un edificio triste y negro, situado en medio de un desierto, que le habia inspirado siempre tal terror, que en las diferentes ocasiones en que habia ido á pasar allí algunos dias con su marido, entraba en él con repugnancia y salia llena de una satisfaccion que no se cuidaba de disimular.

Iba á dejar la ciudad donde habia nacido; donde tenia sus amigos; donde estaba su madre que la amaba tanto, y que en caso necesario podia protegerla y defenderla; iba á dejar todo esto para ir á encerrarse en aquel castillo sombrío y aislado, y vivir allí en medio de aquellos tres hombres, cuyas miradas la llenaban de espanto. Así, pues, no es extraño que la infeliz cayera en una tristeza profunda, y que dominada por las ideas mas singulares, y cuya gravedad no podia apreciar, se condujera, no sin admiracion de los que la rodeaban, como si fuera á morir al día siguiente. Hizo, sin saberlo su marido, un testamento, en que dejaba á su madre cuanto poseia, y tuvo cuidado de ir á hacer en presencia de los magistrados una declaracion secreta, de la cual resultaba que este testamento seria el único valedero, aun cuando pudiera presentarse otro. Dió dinero para que dijeran misas por su alma; y se despidió de sus parientes y amigos derramando copiosas lágrimas, y haciendo todas esas demostraciones de sentimiento que ordinariamente preceden á una separacion eterna.

Bajo estos tristes auspicios se verificó la marcha para Ganges. Sin embargo, la marquesa pasó allí, durante los cinco ó seis primeros meses de residencia, una existencia mas dulce y tranquila de lo que podia esperar, felicidad que debió sin duda á los bienes que acababa de heredar, y cuya noticia recibió poco tiempo despues de su llegada al castillo.

Su marido se reconcilió con ella, y de tal modo se mostró cariñoso, que la hizo creer que habia vuelto á los primeros dias de su matrimonio. ¡Qué mucho que se entregara con toda su alma á aquella dicha inesperada, y que creyera en el amor del marqués! Ademas, ¡necesita tan poco el corazon de una muger para olvidar sus agravios y volver á amar al que ha hecho alguna vez su felicidad! Así no le fué difícil hallar argumentos para disculpar lo pasado, y aun tuvo confianza en el porvenir, llegando á mirar como ridiculos los temores que habia tenido, y á burlarse de ellos en las cartas que escribia á su madre. El abate y el caballero habian tambien mudado de conducta con ella, y comenzaba á mirarlos con menos repugnancia, pasando sus largas veladas de invierno en su compañía, en medio de los encantos de una conversacion viva y variada. La del abate, sobre todo, era la que mas le agradaba, por ser un hombre muy instruido y de una imaginacion muy viva, y sostenia con él largas discusiones en que una loca jovialidad hacia el gasto. En uno de estos instantes de expansion y confianza fué cuando la marquesa, á instancias de su cuñado, consintió en hacer un testamento, en el que nombraba á su marido su legatario universal; sin embargo, guardó secreta la declaracion hecha ante los magistrados de Aviñon, y no la revocó.

Sin duda los tres hermanos en sus tenebrosos conciliábulos habian fijado este momento para la ejecucion de su proyecto, porque tan pronto como se firmó el testamento, dijo el marqués á su esposa que iba á emprender un viage de algunos dias; esto era al principio de la primavera de 1661. Dejó la plaza libre á los asesinos. La cooperacion del marqués en aquel horrible crimen no ha podido probarse jamás con tanta evidencia como el de sus hermanos; pero es imposible dudar de ella un solo instante. La conducta que observó con su esposa antes de la traslacion á Ganges, su reconciliacion hipócrita al recibir la noticia de la herencia, su ausencia en los momentos de la catástrofe, y su indiferencia despues de perpetrado el crimen, todo prueba su complicidad. Es evidente que queria alejar de su persona toda sospecha, si bien se reservaba recompensar á su debido tiempo á sus confidentes y cómplices. Arruinado por el juego y por todos sus excesos, tenia prisa por entrar en posesion de un gran caudal para continuar su desorden. En cuanto á los otros dos sus brazos estaban armados por la vanidad ofendida, por la sed de venganza, y por la esperanza de tener participacion en el botin. En una palabra, la disolucion por un lado, y la codicia por otro, eran los agentes mas poderosos que podian hallarse para la perpetracion del horrendo crimen que vamos á referir á nuestros lectores.

Luego que la marquesa se vió sola con sus dos cuñados, volvieron á asaltarla, á pesar suyo, sus pasados recelos, que los hechos no tardaron en justificar. Una mañana llevaron á la marquesa á su alcoba un poco de leche que habia sido preparada para ella. Antes de probarla, y sin dar á esta accion ninguna importancia, dió una cucharada á una perrita que queria mucho, y el animal cayó muerto en el acto como herido de un rayo. No era posible abrigar la menor duda; aquella leche estaba envenenada. Dejamos á la consideracion de nuestros lectores cual seria el espanto de la marquesa al verse en medio de sus enemigos abandonada, sin defensa, y sabiendo ya hasta qué punto podian llevar su audacia. En tan apurado trance pidió socorro á la única que podia salvarla; escribió á su madre, confiando la carta á un criado, que ella

tenia por muy leal, pero que sin embargo entregó la misiva al abate. Al día siguiente, habiéndole recetado su médico una purga, le presentaron un brevaque nauseabundo que no quiso tomar, y mandó que le prepararan á su presencia un medicamento que ya conocia. Aquel día observó ella que el abate y el caballero enviaron á preguntar muchas veces por el estado de su salud en el discurso de la mañana, y por la tarde fueron á visitarla y parecian sumamente distraidos y preocupados.

A eso de las ocho de la noche, cuando todo el mundo comenzaba á reposar en el castillo, entraron los dos hermanos en la alcoba de la marquesa, y cerraron cuidadosamente la puerta. Aquella despertó sobresaltada, y al verlos lanzó un grito de desesperacion. El abate iba delante, llevando en una mano su espada, y en la otra un vaso lleno de un liquido negro. «Escoged, dijo á su cuñada con voz terrible, escoged la espada ó el veneno.»

La marquesa, que conocia á su verdugo, no quiso rebajarse hasta el punto de emplear con él inútiles ruegos. Cogió el veneno y bebió, y como quedaran heces en el fondo de la copa, el caballero las disolvió un poco, y se las dió á beber, pero ella no las tragó y las arrojó en la cama. La marquesa pidió en seguida á sus verdugos que llamaran á un confesor, y estos se retiraron diciéndola que iban á enviar á un tal Perrett, cura de la aldea de Ganges, y hechura de ellos. La marquesa no perdió su presencia de espíritu. Para escitar el vómito se introdujo en la boca una trenza de sus cabellos, y en seguida se descolgó por una ventana á un patio, sobre el cual caia su habitacion. El abate Perrete llegó tan oportunamente, que pudo cogerle un faldon de sus vestidos, pero se quedó con el pedazo en la mano. Entonces aquel malvado cogió un cántaro lleno de agua, y se lo arrojó á la cabeza. Afortunadamente no le dió. Habia veinte y dos pies desde la ventana al suelo. La marquesa no se hirió al caer, pero se encontró encerrada en aquel patio, y el abate Perrete tuvo tiempo de ir á avisar á los envenenadores.

Sin embargo, cuando estos volvieron, ya no estaba allí la marquesa; un palafrenero, atraído por sus gritos y enternecido por sus lágrimas, la habia hecho pasar por las caballerizas, y cuando ella se vió en campo libre echó á correr en direccion á la aldea. Sus asesinos, á quienes la rabia quitaba todo comedimiento y toda prudencia, se pusieron á perseguirla gritando que estaba loca, y como la infeliz iba en camisa y en un desórden fácil de comprender, los campesinos que salian presurosos de sus cabañas al oír los gritos, no sabian qué pensar de aquel suceso y no se atrevian á socorrerla. El caballero la alcanzó á trescientos pasos del castillo y la obligó á entrar en la casa de un labrador, llamado Prat, que en aquel momento estaba en la aldea; pero habian quedado en la casa su muger y sus dos hijas. El abate, pretestando que no queria que nadie fuese testigo de la demencia de su cuñada, se puso de centinela á la puerta, amenazando matar al primero que se acercase. El caballero se quedó al lado de la marquesa para vigilar suagonia é impedir sus revelaciones. La muger de Prat aprovechó un momento en que aquel se habia vuelto del lado de la ventana, para dar á la marquesa el antidoto que le habia pedido al entrar. Tomóla aquella aceleradamente, y en seguida, animada de la esperanza de ablandar al caballero de Malta, que suponía menos cruel que su hermano, suplicó á las tres labradoras que la dejaran sola un instante con él. Hiciéronlo así, y la infeliz

marquesa se arrojó á los pies de su cuñado, y le pidió perdon; empero por toda respuesta, el caballero la dió dos cuchilladas con su espada, que era corta, y de la cual se servia como de un puñal. La desgraciada se levanta y pide socorro. El caballero, viendo que no estaba muerta, continuó hiriéndola hasta que quedó clavado en el hombro de la victima un pedazo de la espada. A este tiempo volvieron á entrar las mugeres, y el asesino se puso en salvo dirigiendo al pasar estas palabras á su hermano: «Ya podemos marcharnos: el negocio queda hecho.» Pero sospechando el abate que pudieran llamar á un cirujano, volvió atras, penetró en la casa, y disparó á la marquesa un pistoletazo á quema ropa; pero como no saliese el tiro, quiso servirse de la culata para acabarla de asesinar, lo que hubiera verificado, á no impedírselo las labradoras que se lanzaron indignadas sobre él, y le pusieron en precipitada fuga. Eran las nueve de la noche, es decir, que aquella horrible tragedia habia durado una hora, ¡hora mortal, en que la desgraciada marquesa habia apurado el cáliz de los tormentos! Los dos hermanos se apresuraron á encaminarse á otra tierra del marqués de Ganges, llamada Auberac, y situada á una legua de distancia. En aquel asilo se ocuparon en los preparativos de la fuga.

Durante este tiempo se prodigó toda clase de socorros y cuidados á la marquesa, cuyas heridas, aunque numerosas, no ofrecian, por un gran milagro, mucha gravedad, y los cónsules de Ganges habian dispuesto cercar de tropa la casa del labrador. Habiendo corrido pronto por aquellas inmediaciones el rumor de tan triste aventura, toda la nobleza del pais acudió presurosa al lado de la marquesa. Se pasó aviso á la justicia; pero sus diligencias fueron inútiles para coger á los asesinos, y lo único que llegó á saberse fué que se habian embarcado cerca de Agde.

El marqués de Ganges, que se hallaba entonces en Aviñon, recibió la noticia por un espreso, y aunque fingió delante del mensajero la mas violenta indignacion y el dolor mas profundo, su conducta posterior solo sirvió para engendrar sospechas que despertaron mas tarde el celo de la justicia y la condujeron al descubrimiento de la verdad. Resulta, pues, que el marqués no salió de Aviñon hasta el día siguiente; que no habló de su desgracia á ningun amigo, y aun se mostró poco afectado; en fin, cuando estuvo á la cabecera de la cama de su esposa, la primera palabra que la dirigió fué para pedirle que revocase la declaracion que habia hecho respecto á su testamento, y de lo cual acababa de ser informado.

Por lo que hace á la marquesa, despues de tantas y tan terribles pruebas, volvió á ver á su marido con placer, pareciéndole que podria hallar en él el apoyo que necesitaba en su infortunio, porque dotada de un alma pura no se le ocurrió ni por un momento la idea de que el marqués tuviera la mas minima parte en aquel atentado atroz de que acababa de ser victima. Sin duda habia querido Dios darla este consuelo en medio de tantas tribulaciones. Pidió que la trasladaran á Montpellier; pero los médicos se opusieron á este deseo. Su madre vino á verla á Ganges; pero no estuvo mas que tres días, porque es imposible engañar la ternura y la perspicacia de una madre: Mad. de Rossan estaba persuadida de que el marqués era el autor del atentado, y no podia soportar su presencia; no tuvo, ni podia tener, la crueldad de desengañar á su hija; pero dejó á su lado criados fieles con encargo de protegerla y de vigilar al indigno marido.

La marquesa de Ganges murió el 5 de mayo de 1664, diez y nueve días después del crimen, no de sus heridas, sino de los efectos del veneno, que nada bastó á neutralizar, según resultó demostrado de la autopsia. ¡Al espirar declaró que perdonaba á sus asesinos! De este modo se extinguió aquella existencia que había comenzado de una manera tan brillante en medio de las fiestas y de las pompas de la corte del joven Luis XIV! Antes de morir la marquesa había sido interrogada por Mr. de Catelan, consejero del parlamento de Tolosa, delegado al efecto. Apenas cerró los ojos, cuando el marqués fué preso é intervenidos todos sus bienes.

Madama de Rossan le persiguió abiertamente como cómplice del asesinato de su hija; hubo alegatos de una y otra parte; el parlamento de Tolosa instruyó el proceso, y el 21 de agosto de 1667 dictó sentencia condenando al abate y al caballero de Malta á ser descuartizados vivos, y al marqués á ser degradado de su nobleza, á destierro perpetuo y á la confiscación de todos sus bienes. El cura Perrett fué también degradado de su carácter eclesiástico, y enviado á galeras por toda su vida. El marqués de Ganges, después de haber estado algún tiempo oculto en Francia, pasó á Italia, desde donde partió con su hermano el caballero de Malta á buscar la muerte en el sitio de Candia; muerte demasiado gloriosa para semejantes malvados!

El abate se refugió en Holanda, donde, bajo el nombre de la Mantelliere, obtuvo la inmerecida honra de que el conde de Lippe, soberano de la provincia de este nombre, le encomendase la educación de su hijo. Preciso es confesar que el buen conde no pudo estar más desacertado en su elección. El abate se enamoró de una parienta de la condesa y logró ser correspondido. El conde y su esposa consintieron en esta unión; pero para casarse el abate se vió obligado á declarar su estado, y tuvo la imprudencia de confesar la verdad; el conde entonces le expulsó vergonzosamente; pero su amada, que le profesaba un estremado cariño, se escapó y fué á unirse con él en Amsterdam, donde celebraron su casamiento. Después no se volvió á saber nada de su paradero.

DE ESCLAVA A EMPERATRIZ.

Episodio histórico original.

(Continuacion.)

V.

La escena de nuestra historia se traslada á Mariemburgo, y á la casa del sacerdote Ernesto. Todo era en ella animación, todo movimiento. Las hijas del párroco ataviadas con los trages mas lucidos, corrían de una en otra parte, como preocupadas en hacer preparativos para celebrar un suceso extraordinario: en una habitación estaban llenando un grande aparador con vinos y viandas; en otra sala contigua se erigía un pequeño altar que Ernesto cuidaba de adornar con todo el esmero que su religion le permitia. Terminadas estas operaciones, una inefable alegría se retrataba en los semblantes de todos los actores de aquella grata escena.

Poco á poco fueron presentándose en la casa nuevas personas, cuya mayor parte eran soldados, y en sus fisonomías

se notaba también estar poseidos de una purísima satisfacción. Recibíalos el sacerdote, y sus hijas á las jóvenes, cuyo sencillo traje demostraba lo humilde de su clase.

Reunidos todos en una grande habitación no esperaron mucho tiempo á las dos personas á quienes se hacían aquellos preparativos, y por las cuales se habían reunido á invitación de Ernesto. Este y un oficial prusiano, se presentaron llevando en medio á un joven soldado, cuyo brazo izquierdo desnudo pendía de un vendaje ensangrentado con las heridas que en él había recibido. Su fisonomía era simpática, en su frente erguida, en su mirar sereno y en la tranquila dignidad de su aspecto, se retrataba el valor; y por consecuencia no se necesitaba ser profundo concedor de los afectos del corazón, para comprender la nobleza de los que revelaba aquella fisonomía. Un grito general de alegría acogió á este humilde personaje; pero llegó aquella á su colmo, al presentarse las hijas del sacerdote acompañando á una joven que con la sonrisa en los labios procuraba ocultar el rubor que sentía; pero la hacia traición, y mezclándose con el placer, daban estas encontradas emociones á su fisonomía, una tintura tan poética, que ni era posible pintar aquella alegría, ni aquel rubor tan virginal.

La joven y el soldado herido, fueron conducidos al pie del altar, donde después de las acostumbradas ceremonias, les echó el sacerdote la bendición que los unía para siempre en la tierra.

Los nuevos esposos eran Marta y Lercuit, soldado prusiano, á quien la joven debía la vida en el momento en que se quedó desmayada en la terrible situación en que la dejamos. Lercuit era uno de los que formaban la partida que dispersó á los rusos, y merodeando por aquellos alrededores se encontró con Marta, la salvó con esposición de su vida, se constituyó en su amparo defendiéndola contra la brutalidad de sus compañeros, que le hirieron en el brazo, y el premio de su noble proceder fué la mano de la infeliz joven.

Terminada la ceremonia religiosa, se trasladaron todos á tomar parte en un opíparo banquete.

Próxima estaba su conclusion, cuando se oye de pronto un gran ruido de tambores y trompetas que llamaban á los soldados á las armas. Entra un militar azoradamente en la casa y dirigiéndose al oficial:

—Señor, esclama, los rusos están á las puertas de la población con numerosa gente: quieren entrar ó morir: corramos á las armas....

—Si, corramos, gritan todos levantándose....

—Corramos, repite Lercuit, dejando también su asiento.

—No, dice Marta deteniéndole; estás herido, y no puedes batirte....

—Si no puedo disparar un fusil, empuñaré una pica, y si las fuerzas me faltan me sentaré á los pies de un cañon para darle fuego.

—Puedes quedarte, le dice el oficial, estás herido.

—Pero no estoy inútil. No temas, Marta, añade dirigiéndose á ella: solo soy un simple soldado, y deseo combatir al enemigo para ser mas digno de tí que mereces un héroe.

—Soy feliz con un soldado.

—Que sería un cobarde sino corriera á las armas ¿me quieres cobarde?

—¡Oh no, no, corre, yo iré contigo..... te alentaré á pelear, y cuando desfallezcan tus fuerzas yo empuñaré tus armas y pelearé por tí, y te defenderé y moriré contigo. Si, si,

vamos á pelear.... que tambien pueden hacerlo las mugeres ¿No lucharian con las fieras por salvar sus hijos?.... pues luchemos con los hombres por conservar un esposo.

Dijo esto Marta con tan enérgico entusiasmo que sus ojos siempre inquietos y brillantes, revelaban el fuego que su corazón sentia y lo trasmitian á los demas infundiéndoles vale-

roso aliento. Sus facciones tan apacibles y modestas antes, se tornaron en altivas, revistiéndose de esa varonil dignidad que imponia respeto y admiracion. Subyugados quedaron todos oyendo á Marta, y disipado el asombro de sus primeras impresiones; exclamaron á una y espontáneamente:

—Todos, corramos á defender la patria, todos, todos.



Muerte de Lercuit.

Y como movidos por un mismo impulso salen á la calle y queda sola la habitacion de Ernesto.

Esto era el 30 de agosto de 1702.

VI.

En el mismo dia presentaba Mariemburgo el aspecto de un campo de batalla, de una horrible carniceria. No eran ya las murallas de la poblacion las que se trataba de defender: no se combatia en ellas: se hacia en las plazas, en las calles, en las casas. Mil combates se trababan á la par en otros tantos sitios; y en todos reinaba una inesplicable confusion. Mezclados los combatientes batianse cuerpo á cuerpo; y el dintel de una puerta era teatro á veces de cruenta lucha que terminaba dejando obstruido el paso por los cadáveres. Las armas blancas habian sustituido á las de fuego: todos los golpes eran certeros: asi que no se oia la menor detonacion; y reinaba un silencio que

hacia mas imponente y horrorosa aquella devastacion. Ni aun los ayes de los moribundos lo perturban: valientes hasta su último momento, en vez de quejarse los que caian heridos de muerte, tenian aquel horrible valor tradicional que les hacia desgarrarse las heridas para terminar en breve su existencia entonando balbucientes su canto nacional de guerra, aquel canto trasmitido por sus antiguos ascendientes. Ni las madres, ni las esposas, ni las amantes, ni aun los niños lloraban: Tenianlo á mengua, y sabian sufrir silenciosos suagonia.

En medio de este cuadro funesto, se destacaba un grupo adonde vamos á dirigirnos. En el zaguan de la casa del sacerdote, estaba Lercuit defendiéndose obstinadamente contra una multitud de rusos armados de picas y anchas espadas tan cortas como machetes. El jóven sueco con una rodilla en tierra, en vano paraba con su sable los bruscos ataques de aquella multitud de armas, que con incesante obstinacion descargaban repetidos golpes sobre el desgra-

ciado. Parábalos todos; pero insuficiente su arma contra las picas y lanzas, le dirigieron un bote tan certero, que lo atravesaron por el pecho cayendo exánime. Caer, presentarse Marta, quitarle el sable y atravesar con él á su matador, que va á revolcarse en su sangre al lado de Lercuit, fué mas pronto ejecutado que referido. Todos los aceros se dirigen entonces sobre la infeliz viuda, que arrojando el arma espera con serenidad la muerte que ha de unirla con su esposo. No la restaba un momento de vida, cuando se presenta el general Tcheremetoff y hace detener tanto instrumento de muerte que iban á terminar con Marta. Se retiran los rusos, y la jóven es conducida prisionera y elegida para esclava del general ruso.

En aquel dia, el mismo de su desposorio, habia sido Marta soltera, casada, y se encontraba viuda á las pocas horas de haber contraído su matrimonio con el soldado sueco.

VII.

Entre las esclavas prisioneras del general Tcheremetoff, sobresalía Marta, que sin ser extraordinariamente hermosa, poseía atractivos irresistibles y una gracia meridional, encantadora. Su amo, deseando dar una prueba de afecto, ó mas bien de adulacion al favorito de la corte rusa, Menzikoff, le regaló un hermoso caballo y á Marta; objetos ambos que merecian por igual el cariño de los rusos, pues sin preferir á uno mas que á otro, se les daba el mismo valor y se les dispensaba el mismo aprecio.

Marta y un caballo eran dos presentes que se enviaron á Moscou.

Al recibirlos Menzikoff, envió al bruto á la caballeriza y á la jóven con las demas siervas.

Marta que, aunque de humilde origen, poseía un alma noble, grande, elevada, á pesar de no haber conocido mas estado que el suyo, comprendia su abyeccion, y sentia animado su espíritu por ese instinto innato en las criaturas que les enseña tener otra mision que la esclavitud; ¡indigna aberracion de la humanidad! Marta que no carecia de esa inteligencia delicada, esquisita, que es la dote de la muger, pensó en sí misma, se asustó de su situacion y la horrorizó su porvenir. Reflexionando un poco sonrió.... y se notó en sus inquietos y brillantes ojos una especie de intima satisfaccion que observada por sus compañeras esclavas, no pudo menos de chocarles la repentina mudanza de su semblante, y la pregunta una:

- ¿Te consideras feliz, compañera?
- Sí; decidme, ¿vuestro amo viene á veros?
- Tambien lo es tuyo....
- Buena.... contestad....
- Nunca le vemos aqui... nos manda llamar y obedecemos.
- Eso es... lo mismo que pide un caballo pide una muger.
- Tambien te pedirá á ti.... y segun la costumbre hoy mismo, por que eres nueva.
- Bien, bien... ¿nadie nos oye, eh...? añadió observando....
- Decid.... ¿quereis ser libres?
- ¡Si lo queremos! ¿qué muger quiere ser esclava?
- Pues bien, lo sereis.
- Es imposible....
- ¿Quedaríamos en libertad con la muerte de Menzikoff?
- Sí, si....
- Morirá, dijo con tono resuelto.

TOMO VIII.

En aquel momento se presentó la hermana del favorito, que habiendo oido las últimas palabras de Marta se dirige á ella, diciendola:

—¿Vas á matar á mi hermano?

—Sí, contesta con energia....

—¡Infeliz!... ¿ignoras que basta una palabra suya para terminar tu vida!...

—No deseo otra cosa....

—Te compadezco en vez de aborrecerte.... Nada temas, no serás desgraciada.... Mi hermano me ha encargado escogja de entre vosotras una que, no será mi sierva sino mi compañera.... y te escojo á ti, ven y serás feliz....

Y asiéndola la mano se la llevó consigo, sin dárle lugar á contestar.

VIII.

En el momento en que tuvo lugar la anterior escena, comenzó en la casa un movimiento extraordinario. Multitud de siervos estaban vistiendo las paredes de ricas pieles traídas de Astrakan y de pintados animales cazados en la Siberia. Otros estaban arreglando una grande mesa y cubriéndola de multitud de platos y adornos al estilo asiático. La causa de tanta animacion era una comida que daba Menzikoff al czar de la Rusia, Pedro el Grande.

Llegada la hora apareció este seguido de numerosos cortesanos, que se fueron sentando alrededor del emperador y de Menzikoff. La hermana de este, Marta y las demas siervas, servian á la mesa. Ese era el honor que reservaban los rusos á las mugeres.

Entre aquella servidumbre sobresalía la jóven prisionera. Su trage blanco hacia resaltar el meridional color de sus mejillas; su cabello tornasolado oscuro estaba recogido con cierta coqueteria, que formando un alto adorno sobre la cabeza, apareceria hoy ridiculo, lo que entonces era bellisimo: sus ojos demostrando siempre una satisfaccion interna, la revelaban mas en aquel momento, porque no habia desechado la idea de asesinar á Menzikoff para librarse de su esclavitud. A la infeliz, sin embargo, le faltaba el valor para cometer tal crimen, y cuanto mas se acercaba el momento, mas lo temia: una circunstancia casual la decidió.

Rodó en la mesa la conversacion sobre la toma de Mariemburgo, y dirigiéndose al emperador:

—Ved, le dijo, señalando á Marta, el presente que con un caballo me ha hecho el general...

Al oir esto Marta, todo lo vergonzoso de su abyeccion se presentó á su mente, saca el cuchillo que llevaba prevenido, y al ir á ejecutar su proyecto, una mirada del emperador la turba, y deja caer el cuchillo y una bandeja de cristal que tenia en la mano izquierda.

El ruido la hizo objeto de las miradas de todos; y lejos de sonrojarse le dice sonriéndose á Menzikoff y señalando al cuchillo:

—Debeis la vida al emperador....

Van á arrojarle todos sobre ella, y el czar los detiene.

La tranquila dignidad de aquella muger, le habia trastornado.

IX.

Todos los grandes acontecimientos tienen su origen en

pequeñas causas, ha dicho mas de un sabio, y no lo desmiente nuestra historia. ¡Qué de reflexiones podriamos hacer, sobre las encontradas miradas del czar Pedro, verdaderamente grande, con la infeliz y desvalida esclava Marta!

Pero debemos decirlo: las clases que forma la sociedad humana, no las divide Dios. Si los títulos, los honores, las riquezas constituyen otras tantas posiciones sociales, hay en ellas vanidad y orgullo. La Providencia divide solo á los buenos de los malos: la sociedad humana por su beneficio debe distinguir al sabio del ignorante y utilizar el genio. Pero es providencial: cuando estos se encuentran, por mas que la sociedad los haya separado se comprenden, y una sola mirada liga indisolublemente á las criaturas mas alejadas.

Nada mas fué menester para que el emperador y Marta, que formaban los opuestos polos de las clases sociales, se unieran hasta el punto que veremos luego. Ambos comprendieron mutuamente su genio, y sintiéronse impulsados el uno hácia el otro por una fuerza irresistible.

De tal modo se hallaba preocupada la imaginacion de Pedro, que terminó la comida mandando á Menzikoff le enviara al momento á Marta á palacio.

X.

Vestido Pedro el Grande de guerrero, esperaba á Marta en uno de los secretos gabinetes de palacio. Llega con Menzikoff, la deja con el czar, y espera en una de las habitaciones contiguas.

Nada perturba á Marta la presencia del emperador. Permanece tranquila, y sus miradas se encuentran frente á frente con las altivas del soberano de las Rusias. Pedro comprendió al momento el alma que abrigaba aquella esclava, porque no era difícil leerla en sus ojos que son su espejo. Aquel jóven, cuyo menor capricho era una ley prontamente bendecida, quedó enmudecido en la presencia de Catalina; no porque la temiese, sino por ver contrariado su pensa-

miento con la altiva dignidad de aquella esclava que creia se arrojaría á sus pies. Acordándose de pronto el hombre que era emperador la dijo:

—¿Ignoras quien soy?

—No...

—Pues de rodillas..... pero, no, no te he llamado para que seas mi esclava, sino para que seas libre...

—¿Para qué quiero serlo? sola, abandonada, miserable, ¡ah! si pareciera mi hermano.

—¿Dónde está?

—Sirviendo en Rusia.

—¿En dónde?

—No sé.

—¿Como se llama?

—Skavroukys.

—Parecerá. En tanto voy á complacerte: eres libre: un criado mio te llevará á una casa donde nada te faltará. Mañana iré á verte.

Sin darla lugar á contestar, sale, y habla con Menzikoff, que se lleva á Marta.

Un hombre con lujoso porte, se encontró con ellos en el camino, y al saludar á Menzikoff reconoció á Marta, y fué detras de ellos. Ella no conoció á Moens.

Al día siguiente moraba la jóven livoniana en una casaca de pobre aspecto y la acompañaban dos esclavas: otra casa inmediata se habia alquilado al mismo tiempo, y la habitaba Moens con nombre supuesto.

Preparábase á entrar en casa de Marta, cuando un hombre embozado en pieles, no tan tapado que pudiera desconocersele entra en ella: á poco rato, Menzikoff con el ministro del emperador, que era el encubierto. Moens quedó absorto; mas no se amilanó. Le dió que pensar sin embargo, la entrada del ministro y de Menzikoff. La de Pedro solo, la comprendia: el acompañamiento de aquellos dos personajes le confundia.

A. PIRALA.

ESTUDIOS MORALES.

LA LIMOSNA ABRASADORA.

Seeberg es una ciudad pequeña rodeada de montañas y habitada en la mayor parte por mineros.

Acababan de hacerse obras importantes en la iglesia principal; se habia cubierto de nuevo el campanario, y la bola que le coronaba, recién dorada, resplandecía con los rayos del sol, al extremo de deslumbrar á los que la miraban. Además del importe de los jornales habia recibido el maestro destajista un vestido nuevo completo, gratificación establecida por la costumbre en el pais. Los vecinos de Seeberg estaban instruidos de que el maestro ascendería sin detenerse por última vez, al punto mas culminante del campanario practicando un ejercicio de fuerza y agilidad que dejaria admirados á los espectadores.

El maestro Madel, maestro titular y director de la obra, hombre prudente y además padre de familia, no se hubiera

prestado nunca á semejante gracia, y mucho menos entonces, porque hacia tiempo que se sentia acometido de vértigos peligrosos, de arrebatos de sangre á la cabeza, que turbaban su vista al punto de parecerle que daba vueltas el campanario. Así, pues, determinó abandonar la obra á su cuñado, aun muy jóven, y dotado de la agilidad y presuncion de los pocos años, en tanto que dócil á los consejos de los médicos, se trasladaba él á las aguas de Carlobad, poco distantes de Seeberg.

De este modo fué su cuñado quien recibió el vestido nuevo, y quien con los sencillos vecinos de Seeberg estaba en el compromiso de practicar el ejercicio consabido.

El día designado se hallaba toda la poblacion en masa en la plaza de la iglesia y calles que daban vista á ella; las ventanas estaban cuajadas de gente y hasta en los tejados habia espectadores. Provisto nuestro héroe de un pequeño lio que contenia su vestido nuevo apareció en la lumbrera mas alta de la que salia á la andamiada que circuía la torre; en seguida con la agilidad de un gato montó las escalas y llegó

hasta otro andamio establecido inmediatamente bajo la bola; despues con auxilio de una cuerda, salvó la bola y ascendió hasta la cruz á cuyo pie depositó el lio de ropa. Con mucha calma y serenidad se quitó los zapatos, los arrojó á la plaza y se puso los nuevos; despues se puso por cima de su pantalón de lienzo el de paño que contenia su portátil guardaro- pa y se ajustó el chaleco y todas las demas prendas que constituian el vestido entero. Terminada esta operacion y despues de hacer una profunda reverencia á los espectadores y de saludar repetidas veces agitando su sombrero de fieltro gris, se dispuso á abandonar su peligrosa posicion; pero desgraciadamente no encontraba la cuerda que le habia servido de escala y que debia ahora servirle para descender. La habia fijado en la punta de la cruz; pero el aire, siempre fuerte en las alturas, la desató y dejó caer sobre la bola. Al comprender acaso semejante, se verificó en nuestro hombre una revolucion cruel; le abandonó la presuncion y rompió en gritos y ademanes muy espresivos. Todos comprendieron su critica y horrible posicion; pero se comprendia sin acertar como socorrerle. En vano ofreció la autoridad municipal crecida recompensa al minero, bastante atrevido ó bastante generoso, que se determinase á socorrer al maestro pizarrero; nadie chistó á sus proposiciones.

Entre los espectadores se hallaba la esposa de Madel, maestro de la obra y hermana del desgraciado pizarrero, la cual hacia todo lo que podia hacer, que era lamentarse y deshacerse en llanto. Por fin, se tomó la resolucio de enviar un espreso á Carlobad á fin de enterar de cuanto ocurría al maestro Madel, é informarse de lo que convendria hacer en el caso de que su mal estado no le permitiera subir al campanario. Apenas habia partido el comisionado, cuando la niña Verónica, hija del maestro Madel, vivamente conmovida de las lágrimas de su madre, exclamó en tono de admiracion:

—¿Qué, no es mas que una cuerda lo que necesita mi tio? ¡vaya por Dios! yo se la llevaré como llevaba á padre todos los dias el almuerzo cuando trabajaba allá arriba.

Tal proposicion dió márgen á una alternativa angustiosa, que tuvo que sostener la esposa de Madel luchando entre el amor maternal y el cariño que profesaba á su hermano. ¿Habria de esponer su niña de cinco años á un peligro ante el cual retrocedia de espanto el mas atrevido minero? Y sin embargo, un hermano yacia victima de una horrosa incertidumbre y su hija se ofrecia espontáneamente, á cumplir esta obra de misericordia. Sabia tambien que Verónica no experimentaba jamás vértigos, y que trepaba con particular destreza y con una esperiencia y prevision, que escedía á cuanto se podia esperar de su corta edad; por lo tanto, la balanza se inclinó del lado de su desgraciado hermano. Acompañaron á la niña multitud de personas hasta la última lucerna; la endosaron varios lios de cuerda para el caso de que no consiguiese salvar la bola del primer tiro, y la recomendaron las mayores precauciones.

La niña llegó felizmente al andamio superior, desde donde distaba aun al pie de la cruz veinte y cuatro ó treinta pies; ademas, la bola impedia al pizarrero ver á su libertadora, y fué preciso valerse de una bocina para advertirle su ascension. Todos los corazones palpitaron inquietos cuando alzó Verónica el brazo para lanzar el primer cable que faltó mucho para llegar, y que cayó sobre el andamio; el segundo marchó ya demasiado lejos, y de consiguiente tambien fué en valde; por fin, un tercero tocó al pizarrero, quien se apoderó de

él y lo arrojó alrededor del remate de la cruz. Antes que pudiera emprender el descenso, Verónica, dócil á las instrucciones que habia recibido, abandonó el andamio y se retiró á las escalas con objeto de evitar todo encuentro funesto con su tio; este la siguió.

¿Cómo describir la afeccion de alegría de todos aquellos espectadores, un momento antes silenciosos como la tumba, al divisar á la niña cuando salió de la torre con su tio de la mano! Todos corrian á su encuentro, la colmaban de caricias, y no habia quien nosintiera deseos de verla y abrazarla. Durante tres dias no se habló en la ciudad de Seeberg y en todo el pais mas que de la hija del maestro pizarrero; la mostraban á los estrangeros como la maravilla de la ciudad, y en los romances y cantares de la gente del pueblo se repetia millones de veces la historia de su heroica expedicion. A pesar de todo, al cabo de dos años.... Verónica fué relegada al olvido.

Dos años despues de la restauracion de la torre, cayó en ella un rayo que bajó por la cruz y le prendió fuego. El campanero, en cumplimiento de su deber, dió la señal de alarma, combinándose al imponente estruendo de la tempestad que mil veces repetia el eco de las montañas, el angustioso sonido de rebato. Los esforzados vecinos de Seeberg procuraron concentrar las llamas y estorbar no penetrasen por abajo, pero no fué posible librar la cúpula, y hubo que limitarse á salvar la bóveda de la iglesia. El maestro pizarrero Madel, tendido en una punta del campanario sobre una plancha, que á su vez sostenian una porcion de hombres determinados, dirigia en medio del mas inminente peligro, y con mano mal segura, la bomba de incendios. Su posicion era de las mas crueles é insufribles; el inmenso calor, las chispas que saltaban á su alrededor, y aquella llama ardiente que tenia constantemente ante sus ojos, le molestaba extraordinariamente. Pero á pesar de todo, su perseverancia infatigable y la de sus amigos, consiguieron un completo resultado. La cruz de hierro se desplomó, y con su enorme peso se hundió profundamente en el pavimento de la plaza de la iglesia: los hemisferios de la bola se separaron y cayeron rodando al exterior; las vigas, despidiendo aun humo, cubrieron sucesivamente el suelo de alrededor de la torre, pero gracias á sus esfuerzos quedó ile- sa la techumbre de la iglesia. A partir de este dia de consternacion y de improbas fatigas, padeció continuamente de los ojos hasta el cabo de seis meses, en que perdió totalmente la vista á pesar de todos los esfuerzos del arte. Dificil tarea seria tratar de bosquejar la pesadumbre de aquella honrada familia en tan ruda prueba de la suerte.

El pobre Madel tuvo, sin embargo, un guia fiel en su querida Verónica, en tanto que su esposa se dedicaba con afán á trabajar en vez de entregarse á lamentaciones estériles.

La tierna Verónica secundaba á su madre participando de sus trabajos, siempre que su padre no necesitaba de su brazo para guiarle. Así trascurrió un año, al cabo del que, á impulso de sentimiento, de fatiga ó de ancianidad, exhaló la buena madre de familia su último suspiro en brazos de su hija, despues de recomendarla encarecidamente cuidase de su padre.

Era vispera de Navidad. Los montañeses procuraban por

entonces dulcificar ú olvidar los rigores de la estacion con domésticos y sencillos recreos; la música, el canto, el disponer iluminaciones y reunirse en familia á comer las cousabidas tortas de costumbre.

En esta santa noche las calles estaban cuajadas de curiosos atraídos por las iluminaciones que empezaban á poner en algunas casas. Verónica permaneció con su labor de punto de encage hasta la caída del día, y aun entonces no hubiera abandonado su tarea si su aceitera no corriera la misma suerte que la de la viuda de Sarptha. Pero por gusto ó mal de su grado no tenia otro remedio que santificar la fiesta abandonando su tarea. Encendió un buen fuego, instaló á su pobre padre ciego lo mas cómodamente que le fué posible y dijo á su hermanito despues de vestirlo con todo el abrigo que pudo:

—Ven, Jorge, vamos á ver lo que te trae Jesus.

Harto sabia que pasaria delante de su puerta sin entrar; ya el año pasado, cuando aun vivia su buena madre, habia hecho una aparicion bien pobre.

Sin embargo, ambos niños se pusieron en camino á tiempo que en la ciudad entera resonaban los cánticos de fiesta. Los mineros con sus vestidos de gala marchaban en procesion con una música al frente á festejar á los vecinos de clase elevada. Las puertas de las casas á que llegaban de este modo se franqueaban para entregar al gefe de la serenata algunas monedas que aceptaban agradecidos.

Los niños escitados por el ejemplo de los mayores cantaban tambien de puerta en puerta y recibian en cambio algun pequeño obsequio por via de aguinaldo, lo que observado por Verónica la hizo entrar en reflexion consigo misma. Cuando la fortuna no viene á buscarnos debemos nosotros salir á su encuentro, dijo para sí.

Pensando de esta suerte se dirigió á un barrio de la ciudad en que se la figuraba la conocian poco, tratando de este modo de atenuar el efecto del papel que iba á representar demasiado nuevo para que no la intimidara algun tanto. Encargó á su hermano permaneciera algunos pasos detras de ella, se echó el peinado un poco á los ojos á fin de no ser conocida, y con el corazon sobresaltado se acercó á la ventana de una casa bajo la cual cantó con voz clara y argentina:

Valor, bravos mineros,
sed siempre laboriosos,
la tierra es generosa
y os brinda sus tesoros.

Conmueva sus entrañas
valor y esfuerzo solos,
su recóndita riqueza
ofrece al valeroso.

Valor, bravos mineros,
valor, valor, valor....

Estas coplas venian como de molde á aquellos mineros, gentes sencillas y sin pretensiones poéticas. Verónica profirió los primeros versos con voz conmovida, y apenas perceptible; pero á medida que cantaba se fué animando de modo, que á los postreros les habia dado vivísima espresion. Cuando acabó se tapó el rostro y esperó temblando el resultado de su empresa. Trascurrieron dos minutos sin que nadie pareciese, pero al cabo de ellos, cuando confusa y humillada, decidia ya retirarse; se abrió una puerta y una muger puso en la mano trémula de Verónica un trozo de torta y

una pieza de seis liards. ¡Cielo divino! dirige una mirada compasiva hácia la dicha de un niño de este mundo en el colmo de la felicidad por una pieza de seis liards y un pedazo de torta!

—¡Oh, mira, querido Jorge, dijo á su hermano, mira qué ensayo tan feliz hemos tenido! toma, este aguinaldo es para tí, pero la torta es para nuestro padre; con eso sabrá que hoy es Navidad, y quién sabe si Dios hará que nos den todavía mas.

Con acento inflamado de alegría y agradecimiento repitió sus cantares de una en otra casa, y una y otra vez recogió monedas y trozos de tortas que depositaba en los bolsillos y manos del inocente Jorge.

Sin embargo, si bien todas no fueron de cobre, pues que de una casa recibió una moneda de plata, aunque de corto valor, como en este mundo no hay rosas sin espinas, de otras muchas tuvo que retirarse sin que la contestaran, y aun de algunas con la humillacion de oír á traves de entreabiertas ventanas:

—Déjanos en paz, impertinente.

Para no abusar de su buena fortuna decidió Verónica no cantar mas que una vez, y al efecto escogió la casa de un opu-



La limosna abrasadora.

lento superintendente de minas; se encaminó á ella, é invocando todas sus facultades, cantó de un modo admirable con angelical espresion. No pasó mucho sin que abrieran una ventana del primer piso, por la que apareció una mano que alargaba con una caña una moneda suspendida en la punta; la pobre niña alzó la mano para recibir aquel don generoso, pero apenas le habian dejado caer, cuando Verónica lanzó un grito penetrante; la daban un liard enrojecido al fuego, y por colmo anonadaron á la pobre victima con una carcajada insultante.

Verónica soltó con presteza la pérvida moneda, y se reunió llorando con su hermano, el que en vano preguntaba el motivo de su afliccion.

De todas partes acudieron gentes del país y extranjeros, y hasta monarcas de remotas tierras, para ofrecer al recién nacido de Belén, oro, incienso y mirra; y aquí ahora, uno de aquellos por quien Cristo se sacrificó para salvarlo, enrojece un óbolo al fuego del día de Navidad, para insultar y maltratar un cristiano é inocente niño.

Verónica, de vuelta á su casa, vertió lágrimas muy amargas, lágrimas que sin duda no sospechaba el villano que las hacia correr, que algun día pesarian sobre su conciencia de un modo horrible, abrasándole del modo que habia abrasado con la moneda la mano de la pobre niña.

Una parte de lo que Verónica recogió durante su nocturna

espedicion, la empleó en procurarse luz con que poder volver á su tarea; pero ¡ah, su dolorosa quemadura la impedia trabajar! en valde refrescaba por intervalos la llaga con agua fria para calmar el dolor; la pobre niña con la cabeza echada en el bastidor imploraba á Dios un sitio en la fria sepultura de su madre.

Su padre, ignorante de cuanto pasaba en su derredor, y aburrido de lo prolongado de la velada, pidió á su hija, precisamente cuando eran mas vehementes sus dolores, cantase su tema favorito de los mineros, la misma cancion que la habia puesto en el trance critico de no poder trabajar. La dulce Verónica, reprimiendo su padecimiento, cantó la co-



La expiación. Kunkel Verónica y Rossel.

pla fatal, pero cuando llegó á los versos; *su recóndita riqueza ofrece al valeroso*, devoró las lagrimas que le arrancaba el dolor y lo critico de su situacion. El afortunado padre, que nada sabia, pagó su acostumbrado tributo de elogios á la frescura de su voz, en tanto que su hermano la instaba á que cantase otra vez.

¡Qué Natividad tan triste para la pobre niña!

Hay tantos niños en la montaña relativamente al número de maestros, que muchas veces reúne cada uno ciento cincuenta ó doscientos en su escuela. Así no tiene nada de extraño que no conozcan las disposiciones particulares de cada uno de sus discípulos, y que sea frecuentemente la casualidad quien las descubra y lo decida todo.

—¿Tu mano no está buena aun? preguntó el señor Rossel, cantor de la parroquia y maestro de escuela, á su discípula Verónica Madel; y ya van tres semanas que no puedes escribir, ¿qué te ha pasado en ella?

—Que me he quemado, replicó Verónica.

—Veamos, ¿qué te has puesto?

—Un emplasto de balsamina, replicó desatando el vendage,

que bien ó mal se acomodaba como podia con su mano izquierda.

El cantor se asustó al ver la profunda y supurante llaga que amenazaba invadir toda la mano, y cuyo progreso no podia atribuirse sino á la falta de los cuidados necesarios. El digno maestro se encargó al punto del tratamiento, y el progresivo alivio valió al generoso médico toda la confianza de su enferma. Cuando supo la verdadera causa del mal, exclamó con toda la indignacion de un hombre honrado:

—¡Malvados, insultar de un modo tan atroz á una niña que viene á cantar una cancion piadosa! Pero á propósito, ¿cómo es esa cancion? ¡quiero oírtela! tengo mucha aficion á la música, y por eso he pretendido la plaza de cantor.

Al escuchar esta peticion, Verónica bajó los ojos; ¿pero qué podia rehusar á su bienhechor? Vaciló un poco, pero entreabrió sus rojos labios, y al principio con timidez, luego con seguridad, y al final con plena voz, cantó del mismo modo que cuando imploraba un aguinaldo.

El maestro se sintió profundamente conmovido; habia en la voz de aquella niña tanta pureza, valentia y espresion, que le hizo asomar las lágrimas. Verónica, la mano herida en la buena, ambas contra su pecho, y los ojos húmedos y alzados al cielo, parecia otra Santa Cecilia. El cantor no pudo me-

nos de acompañarla y repetir con ella: *Su recóndita riqueza ofrece al valeroso*. En seguida la dió un beso en la frente y la preguntó admirado:

—¿Quién te ha enseñado á cantar tan bien?

—Nadie, replicó la niña, para distraer de su cruel fastidio á mi padre que está ciego, me veo precisada á cantar algo: es lo que mas le distrae y á mi no me cuesta trabajo.

—¡Pero la melodía! ¡la melodía! ese método ¿de quién lo has adquirido?

Verónica miró al cantor sin entenderle; por fin creyó comprender lo que quería decirle y replicó:

—Sí, he oído cantar de ese modo muchas veces á los mineros.

—Hija mia, dijo el cantor despues de algunos momentos de meditacion; ahora comprendo cómo la Providencia divina torna en bien la maldad de los hombres. Ese óbolo enrojecido al fuego que te ha abrasado la mano, que tanto te ha hecho padecer, estaria en los designios paternales de Dios se trocara para tí en una abundante mina de oro. Yo te ayudaré á descubrir esta mina y me consideraré ampliamente recompensado si te aplicas á hacer tu propia felicidad, la de tu padre, de tu hermano y de la humanidad. Esta mano lastimada te ha estorbado durante muchos dias trabajar en tu labor para ganar de comer; pero en compensacion de esta pesadumbre pasajera, el buen Dios te ha concedido un don precioso que te ofrece para el porvenir grandes bienes.

A partir de este momento el bueno de Rossel daba á Verónica todos los dias leccion de canto, iniciándole en las reglas del arte; al mismo tiempo interesó á algunas personas generosas en la suerte del ciego pizarrero, consiguiendo por este medio poner á su protegida al abrigo de la miseria.

Doce años despues, en una hermosa noche de otoño, los vecinos mas acomodados de Seeberg se dirigian vestidos de gran lujo al salon de la casa de ayuntamiento donde se prometian disfrutar de una distraccion poco comun en la ciudad. La primera cantatriz de la capital del reino, que gozaba de una reputacion europea, en union con su hermano, daba un concierto. De diez leguas á la redonda vinieron gentes y acudían á tomar billetes con tanto mas empeño, cuanto que la generosa cantatriz destinaba el producto de la funcion al socorro de los indigentes de Seeberg.

En la antesala, donde establecieron el despacho, estaba el antiguo maestro Rossel que desempeñaba las funciones de cajero. Sonreía de contento y felicidad al contemplar las numerosas monedas de plata que echaban en la bandeja, y cuando llegaban personas á quienes conocia personalmente, que eran muchísimas, echaba mano al bolsillo, y sacando una magnífica caja de oro ofrecia al amigo un polvo de rapé de legitima Virginia, y despues le decia al oído, pero de manera, que lo oyeran todos:

—Es de una discipula agradecida: miradla, está retratada en ella, y cuando la recibí estaba llena de monedas de oro.

Y mientras que admiraban el regalo, nuestro buen maestro exclamaba:

—¿Qué hora es?

Y sin esperar contestacion sacaba una hermosa repeticion de oro, la hacia tocar la hora, la repetia él de palabra, y añadía en seguida:

—Tambien es de mi agradecida discipula....

—Vamos, señor maestro, dijo un recien venido, hoy celebráis vuestro triunfo, ¿no es cierto?

—Sí, seguramente, le celebro yo, y conmigo la buena ciudad de Seeberg. Es mi mas bello triunfo, porque al fin es mi discipula, y ha nacido en nuestro suelo. Concédame el Todopoderoso esta noche de vida, y ya despues seguiré sin pesár á la pálida mensajera á la otra orilla.

El salon se venia abajo de aplausos cuando, acompañada de su padre ciego y de su hermano, apareció en él Verónica de Madel radiante de belleza y de virtudes. Los músicos de la montaña, orgullosos de medirse con su compatriota, estuvieron mas felices que de costumbre, y Verónica cantó diversas piezas de óperas, hasta embotar las armas de la envidia, satisfaciendo plenamente á todas las exigencias del arte, y lo que valia mas, allanándose la senda de los corazones. Muchas veces interrumpió el auditorio su voz con estrepitosas salvas de ap'ausos y bravos. Admiraron tambien la habilidad de Jorge, pagando un justo tributo de elogios y aplausos á las armoniosas notas que hacia producir á su violoncello.

Estaba apurado el programa, y la reunion iba á dispersarse, cuando los músicos mineros comenzaron á preludiar en sus instrumentos una cancion popular, muy conocida de todos. El jóven Madel, apoderándose del tema, desplegó todo su talento en una série de brillantes variaciones, y en la última su hermana cantó con una intensidad que dominaba toda la orquesta:

Valor, bravos mineros,
sed siempre laboriosos,
la tierra es generosa
y os brinda sus tesoros.
Conmueve sus entrañas
valor y esfuerzo solos,
su recóndita riqueza
ofrece al valeroso.

Valor bravos mineros.
valor, valor, valor.

En este momento todos los concurrentes se levantaron como un solo hombre, movidos de un impulso unánime: los músicos dejaron sus instrumentos, y todo el mundo repetía con entusiasmo: *valor, bravos mineros*.

La sala entera repetía este estribillo sin que nadie pensara mas en aplaudir á la gran cantatriz; olvido que simbolizaba su mas hermoso triunfo.

El buen maestro Rossel se habia dirigido hácia la prima donna, y sin cuidarse de lo imponente de la reunion, y olvidando la caja y el reloj, abrazó arrasados los ojos de lágrimas á la discipula que á tal punto habia escedido á sus esperanzas. Verónica manifestó ante toda la concurrencia, entusiasmada de alegría y admiracion, que despues de Dios debía lo que era al buen Rossel, su primer maestro. Esta escena valió tanto como el concierto entero, á pesar de no estar incluida en el programa.

Los galantes vecinos de Seeberg habian dispuesto en honor de la noble y generosa cantatriz, una espléndida cena para despues del concierto. Mientras que se hacían los últimos preparativos del festin, el maestro tiró del vestido á su discipula, y la dijo en el tono familiar de los tiempos pasados:

—¿Quieres, buena Verónica, acompañarme no mas que un cuarto de hora? Este maná del cielo me abruma los bolsillos,

y quisiera dejarle en casa, y aun distribuir algun poco esta noche misma.

Para proporcionar una satisfaccion mas á su antiguo maestro, le encargó Verónica la reparticion entre los pobres del producto de la fiesta, y por lo mismo no creyó oportuno dejar de acceder á su pretension; confió su padre á los cuidados de Jorge, y siguió al buen cantor, que por el peso del dinero caminaba lentamente. La oscuridad y su larga ausencia de Seeborg no permitieron á Verónica reconocer claramente por donde la llevaba su maestro; al fin de la caminata, lo único que podia asegurar, es que no era en su casa donde habia parado Rossel.

—Mi querida Verónica, quiero que sepas por tus propios ojos la aplicacion que quiero hacer de tus obras piadosas. En el entresuelo de esta casa vamos á visitar una familia hartamente necesitada y un hombre en quien se han confirmado de nuevo las palabras de Jesucristo Nuestro Señor. Este desgraciado era hijo único de parientes ricos y considerados, que aparte de esta casa le dejaron una pingüe fortuna. La ociosidad, el juego, el vino y otros vicios abominables arruinaron insensiblemente su bienestar, su salud, el dote de su muger y el patrimonio de sus hijos. El dinero desapareció, la casa está gravada de deudas, y él mismo languidece á impulsos de una afeccion interna de la garganta que han declarado los médicos incurable. Además, el enfermo está atormentado de remordimientos de conciencia de muy rara especie, cumplíndose en él lo de que el hombre recolecta segun siembra, y que el Señor recompensa á cada uno segun sus obras.

Encargando á Verónica le siguiera se adelantó á tientas por un corredor tenebroso, levantó un picaporte y entraron en una sala grande apenas alumbrada por una lamparilla, lo que ofrecia un contraste singular con el brillante salon del concierto que acababan de abandonar.

Una muger pálida y pobremente vestida paseaba teniendo en brazos un niño de pecho que lloraba lastimosamente. Otros dos niños, de edad de tres ó cuatro años, se veían en un rincon acostados entre haraposos restos de un jergon y una manta, y aunque profundamente dormidos, sus megillas descoloridas revelaban las privaciones que sufrían. En el rincon opuesto estaba el enfermo incorporado de medio cuerpo y reclinado en algunas almohadas llenas de paja.

Verónica y Rossel aparecieron, y la muger los recibió con esa fria indiferencia que acompaña comunmente á la desesperacion. Apenas contestó al saludo del cantor.

—¿Descansa vuestro marido? preguntó el caritativo anciano.

—¡Dios mio! no; replicó la muger; aqui no hay descanso nunca.

El cantor se aproximó al lecho del enfermo.

—¿Cómo estais hoy, Kunkel?

—Como siempre, replicó el desventurado con voz apenas perceptible; en tanto que sienta aqui detras en la nuca esa pieza enrojecida al fuego, de que no puedo desembarazarme, ¡oh, nunca hallaré alivio!

—Siempre con vuestro liard rojo, interrumpió el cantor, ¿no os hemos dicho cien veces el médico y yo que el ardor que sentís es una consecuencia de vuestro ataque á la garganta? ¿A qué mortificarse con espresiones que no sirven sino para agravar el mal?

—Mejor que nadie debo saberlo yo, replicó el enfermo con

voz alterada; siento muy claramente, aqui en el cuello una roseta dura, redonda, del grandor de un liard, que me quema, que me da un ardor que me devora y atormenta sin cesar. Quisiera beber continuamente agua fria, pero cuando la bebo no me alivia sino mientras pasa por la garganta, y despues vuelve á abrasarme con mas fuerza.

Al escuchar Verónica estas palabras vino á su memoria la quemadura que cuando niña le habia hecho sentir aquellos efectos.

—Kunkel, dijo el cantor, os repito que esa historia del liard enrojecido al fuego es una pura aprension: ¿cómo la tal moneda habia de estar en vuestra garganta? ¿y cómo habia de conservar tanto tiempo su calor abrasador?

—¡Harto sé como, hartó lo sé! replicó el enfermo; desde la vispera de Navidad del año pasado, á eso de las cinco de la tarde, empecé á sentir por primera vez en mi garganta el abrasado liard.

—Si, porque vuestra enfermedad en esa época se estendió hasta ahi.

—¡No, no! es otra la razon, exclamó el enfermo meciendo la cabeza; por el mismo tiempo hace doce años...

Se detuvo suspirando.

—Continuad, vamos, dijo el cantor; esta señorita querria saber lo que me habeis contado ya á mí; se interesa mucho en vuestra suerte y tal vez podria dulcificarla.

—No, ¡oh! no, replicó Kunkel; nadie puede dulcificarla. Lo que padezco es justa recompensa de mis faltas.... el liard abrasador!....

Permaneció mudo y en ademan de prestar atencion.

—¿No oís quejarse una persona bajo de la ventana? preguntó con angustia. Asi precisamente se quejaba la pobre niña hace doce años cuando la vispera de Navidad puse en su mano el encendido liard.

Al proferir estas palabras resonó en la estancia un grito escapado de los pálidos labios de Verónica por efecto del estremecimiento que se apoderó de su ánimo. Se sintió como trasportada al pie del trono de la magestad divina: creyó ver sentado junto al lecho del enfermo al incorruptible juez del universo y cubrió el rostro con sus manos.

El maestro cantor miró amorosamente á la jóven, y despues de una corta pausa, rompió el silencio diciendo:

—Tengo la conviccion de que me perdonarás haberte conducido aqui, y que coronarás las buenas obras de hoy diciéndome á este pecador arrepentido: hermano mio, cálmate; te perdono el mal que me hiciste á fin de que un dia sea perdonada yo tambien.

Verónica, anegada en lágrimas y tendiendo la mano á su respetable amigo, contestó con un ademan afirmativo. Este, cogiendo la mano de la jóven y volviéndose al enfermo, añadió con acento solemne:

—¡Kunkel, mirad! mirad la mano en que un dia dejasteis caer el abrasado liard, presentándoos un absoluto perdon; tocad el sitio que lastimó la encendida moneda y le encontrareis cubierto de una piel delicada.

Kunkel levantó la cabeza y miró á Verónica.

—No, no, dijo entre sollozos; esa hermosa dama, esa distinguida señora no puede ser la infeliz niña á quien maltraté; no os burleis de mí, señor cantor. ¡Dios mio! agua! agua, corriendo, el liard me abrasa mas que nunca.

Bebió con avidez un gran vaso de agua fria.

—Creedme, replicó Rossel, creedme, digo la verdad. Por

la gracia de Dios Todopoderoso, vuestro candente liard se tocó en una mina de oro.

Y poniendo un puñado de escudos sobre el tablero de la mesa, añadió:

—Reparad lo que ha producido, además de otras monedas, de que os tocarán parte.

Kunkel miró con asombro y alternativamente al dinero desparramado en la mesa, á su muger atraída á su inmediatez por el ruido de las monedas, á Verónica y al cantor.

—Bien quisiera daros crédito, dijo por fin; ¡oh! si, quisiera creerlos, pero me es imposible. ¿Sabeis, hermosa señora, lo que la pobre niña cantó delante de mis ventanas, canto que aun resuena en mis oídos lo mismo que el grito que lanzó en seguida? Repetid la canción y entonces os creeré.

Verónica empezó á media voz la canción de los mineros, terminando con la entonación de una niña de nueve años el

*Valor, bravos mineros,
valor, valor, valor.*

La madre permaneció inmóvil escuchando aquel acento celestial; el niño acalló su llanto; el enfermo cruzó los brazos sobre el pecho, y penetrado de profundo fervor abrió al cielo sus ojos medio apagados. Esta vez faltó ánimo á Rossel para unir su voz y acompañar á su discípula en el estribillo. El enfermo lo hizo en su lugar.

—¡Valor! ¡valor! dijo en voz alta y con enérgica espresión.

Acababa de oír cantar á los ángeles regocijados por la conversión de un gran pecador, y en ello había hallado consuelo. El liard ardiente desapareció repentinamente de su

garganta; extendió sus fatigados remos para gozar del sueño, sueño dichoso y satisfecho, que alcanzó en brazos de la muerte.

El cantor, merced á su larga experiencia y á las tristes funciones de su profesión, no tardó en conocer la verdad de lo que pasaba. Tocó con su mano derecha en la frente del difunto, y bendiciéndole después, recitó un *De profundis*.

Abandonó en seguida con Verónica la estancia en que acababan de presenciar tan elocuente lección, y después de descargar en su casa los bolsillos atestados de monedas de oro y plata, se dirigió con su amada discípula al fastuoso banquete, donde se brindó una y mil veces por la gran cantatriz, por su padre, su hermana y su digno maestro. Los vinos y los licores electrizaron los ánimos.

Verónica y el viejo cantor experimentaban entretanto en el fondo de sus corazones, una alegría muy superior á la que inspiraban las espirituosas bebidas. La escena á que habían asistido un momento antes parecía que los había aproximado al cielo, por lo que al chocar sus vasos no limitaron sus votos al bienestar de aquí bajo, sino que los hicieron extensivos á encontrarse reunidos en un mundo mejor. Y del mismo modo que el minero al salir de las profundas tinieblas de la tierra saluda la dulce claridad del día con el alegre estribillo de: *¡Valor, bravos mineros, valor, valor, valor!* así también el antiguo cantor y su encantadora discípula repitieron pensando en las glorias celestiales: *Valor, bravos mineros, ¡valor, valor, valor!*

¡Dichosos los que pueden hacer otro tanto!

Imitado del alemán.

CARLOS SCHILLER.

GEOGRAFIA PINTORESCA UNIVERSAL.



FRANCIA.—Vista de Trevoux.